

LA
IGLESIA
QUE EDIFICÓ
JESUCRISTO

Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

Introducción

“Esto te escribo . . . para que . . . sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad” (1 Timoteo 3:14-15).

Hace casi dos mil años que Jesucristo anunció: “Edificaré mi iglesia”. También dijo que ésta nunca dejaría de existir, pues claramente aseveró: “Las puertas del Hades [el sepulcro] no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18). Además, aseguró a sus discípulos que él guiaría y cuidaría su Iglesia hasta su retorno, prometiéndoles: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

Un testigo nos dice que inmediatamente después de que Jesús resucitó y ascendió al cielo, sus apóstoles “saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían” (Marcos 16:20). La Iglesia que fundó Jesucristo tuvo un inicio poderoso, pero ¿qué se hizo ese cuerpo de creyentes?

En este folleto hemos adoptado la siguiente norma estilística: La palabra *Iglesia* (con *I* mayúscula) se refiere al cuerpo de creyentes que constituyen el organismo espiritual que fundó Jesucristo (Efesios 1:22-23; Colosenses 1:18). La palabra *iglesia* (con *i* minúscula) se refiere a los grupos locales de cristianos, así como a organizaciones o corporaciones físicas. En las versiones de la Biblia que se citan en esta publicación, no se escribe la voz *iglesia* con *I* mayúscula; por consiguiente, en todas las citas bíblicas *iglesia* aparece con *i* minúscula, ya sea que se refiera al Cuerpo de Cristo en general o a una congregación local de creyentes.

Hay millones de personas que profesan ser cristianas; dicen que son miembros de la Iglesia que Jesús fundó. Pero el cristianismo es una religión profundamente dividida. A lo largo de la historia, los cientos de ramificaciones del cristianismo han adoptado muchas tradiciones que no son bíblicas. Cediendo a diferentes influencias filosóficas, culturales y religiosas, han originado cada vez más variaciones.

¿Cómo se puede explicar la existencia de tal variedad de prácticas contradictorias y grupos antagónicos en el mundo del cristianismo? ¿Se puede conciliar esta discordia con las normas y propósitos que Cristo estableció para su Iglesia? ¿Es posible saber si esta confusión de costumbres y enseñanzas representa fielmente lo que Jesús enseñó?

Recordemos que Jesús no sólo afirmó que edificaría su Iglesia, sino también que ésta no perecería. ¿Acaso el cristianismo dividido que podemos ver a nuestro alrededor es esa Iglesia? Sólo las Sagradas Escrituras pueden dar una respuesta confiable a esta pregunta.

Si la promesa de Jesús de que las puertas del Hades no prevalecerían contra su Iglesia fuera una garantía de que los que creyeran en él nunca serían engañados, entonces tendríamos que aceptar todas esas divisiones del cristianismo como partes de la Iglesia que él edificó. Pero no garantizó tal cosa. Todo lo contrario, a sus discípulos les advirtió: “Se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos” (Marcos 13:22). Tiempo después, el apóstol Pablo hizo manifiesta su preocupación con respecto a que, por la predicación de los “falsos apóstoles”, los cristianos de su día pudieran ser “de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Corintios 11:3, 13).

Jesús habló aún más claro al decir: “*Estrecha* es la puerta, y *angosto* el camino que lleva a la vida, y *pocos* son los que la hallan. Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:14-16).

En estas páginas examinaremos los frutos que identifican a la Iglesia de Dios. También analizaremos los frutos que identifican a los que son influidos por un espíritu diferente y predicán un evangelio diferente. Podremos aprender, no de tradiciones humanas sino directamente de la Palabra de Dios, cómo distinguir “la iglesia del Dios viviente” (1 Timoteo 3:15) de quienes siguen a los “falsos profetas” vestidos de ovejas.

Un pueblo adquirido por Dios

“Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia” (1 Pedro 2:9-10).

Jesucristo fundó su Iglesia, un grupo de personas transformadas espiritualmente, en la ciudad de Jerusalén. Esto ocurrió exactamente 50 días después de su resurrección, en la fiesta bíblica de Pentecostés.

Entre el tiempo de la resurrección de Cristo y el establecimiento de su Iglesia, él estuvo apareciéndose a sus discípulos durante 40 días e instruyéndolos aún más acerca del venidero Reino de Dios (Hechos 1:3). Les mandó que durante ese tiempo “no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí” (v. 4). También les dijo: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (v. 8).

Más adelante, bajo inspiración divina, el apóstol Pablo explicó que para poder llegar a ser un miembro de la Iglesia establecida por Jesucristo, es imprescindible recibir el Espíritu Santo: “Vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora

en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, *no es de él*. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia” (Romanos 8:9-10).

Por medio del Espíritu Santo que mora en los verdaderos cristianos, Jesucristo y Dios el Padre pueden participar activamente en sus vidas para fortalecerlos e inspirarlos a que obedezcan a Dios y lo sirvan (Filipenses 2:12-13). Por tanto, la Iglesia de Cristo empezó cuando los apóstoles recibieron el Espíritu Santo, tal como él lo había prometido (Hechos 2:1-4). El Espíritu de Dios los transformó de inmediato, y todos los que los oyeron hablar se dieron cuenta de que habían recibido una inspiración y poder especiales de Dios.

Inmediatamente, los apóstoles empezaron a predicarles a los que estaban presentes en Jerusalén, declarándoles que Jesús de Nazaret era el Mesías (o el Cristo, en griego) que por tanto tiempo habían estado

esperando (Hechos 2:36). En seguida los exhortaron a que se arrepintieran y se bautizaran en el nombre de Jesucristo, “y se añadieron aquel día como tres mil personas” (vv. 38, 41).

¡Había empezado la Iglesia que Jesús prometió edificar! Sus miembros eran personas que “recibieron” la verdad de Dios (v. 41), se arrepintieron de todo corazón y se bautizaron. Esto significa que se habían sometido a la autoridad de Dios, habían recibido el perdón de sus pecados y habían sepultado su antigua manera pecaminosa de vivir.

El concepto bíblico de lo que es la Iglesia

A medida que estudiemos el tema de la Iglesia que fundó Jesús, veremos cómo se utiliza en la Biblia la palabra *iglesia*. La realidad es que a lo largo de las Escrituras las palabras *iglesia* y *congregación* sólo se refieren a gente; es decir, la Iglesia (el Cuerpo de Cristo) o la

Los antecedentes históricos del término *iglesia*

En su artículo titulado “Iglesia”, *The Holman Bible Dictionary* (“Diccionario bíblico Holman”) explica los antecedentes de esta palabra: “*Iglesia* es la traducción de la palabra griega *ekklesia*. El uso del término griego antes del nacimiento de la Iglesia cristiana es importante, ya que de su uso histórico surgen dos corrientes de significado que entran en el concepto de *iglesia* en el Nuevo Testamento.

“Primero, el término griego que básicamente quiere decir ‘llamado’ se empleaba comúnmente para indicar una reunión de ciudadanos de una ciudad griega, y así se usa en Hechos 19:32, 39. Los ciudada-

nos, quienes estaban bien conscientes de su condición privilegiada sobre los esclavos y los no ciudadanos, eran llamados a la asamblea por un heraldo y trataban . . . con asuntos de interés común. Cuando los primeros cristianos comprendieron que ellos mismos constituían una iglesia, no hay duda de que se vieron a sí mismos como llamados por Dios en Cristo Jesús con un propósito especial y que la suya era una condición privilegiada en Jesucristo (Ef. 2:19).

“Segundo, el término griego se empleó más de cien veces en la traducción griega del Antiguo Testamento que se usaba en los tiempos

de Jesús. El término hebreo (*qahal*) simplemente significaba ‘asamblea’ y podía usarse de varias maneras; podía referirse por ejemplo a una asamblea de profetas (1 S. 19:20), de soldados (Nm. 22:4) o del pueblo de Dios (Dt. 9:10). El uso que se le da al término en el Antiguo Testamento en referencia al pueblo de Dios es importante para entender el término *iglesia* en el Nuevo Testamento.

“Los primeros cristianos eran judíos que usaban la traducción griega del Antiguo Testamento. El hecho de que hayan usado una auto-designación que era común en el Antiguo Testamento revela que entendieron la continuidad que une al Antiguo Testamento con el Nuevo. Los primeros cristianos entendieron que ellos eran el pueblo del

Dios quien se había revelado a sí mismo en el Antiguo Testamento (He. 1:1-2), que eran los verdaderos hijos de Israel (Ro. 2:28-29) cuyo padre era Abraham (Ro. 4:1-25) y que eran el pueblo del nuevo pacto profetizado en el Antiguo Testamento (He. 8:1-13).

“Como consecuencia de esta amplitud de significado en el mundo griego y en el del Antiguo Testamento, el término *iglesia* se usa en el Nuevo Testamento cuando se habla de una congregación local de cristianos llamados, tales como ‘la iglesia de Dios que está en Corinto’ (1 Co. 1:2), y también cuando se hace referencia a todo el pueblo de Dios, como en la afirmación de que Cristo es la ‘cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo’ (Ef. 1:22-23)”. □

iglesia (una congregación de miembros de la Iglesia) está compuesta de personas que han sido llamadas para seguir a Jesucristo. Según el concepto bíblico, la palabra *iglesia* se refiere a un grupo de personas, no a un edificio.

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo está claro el concepto de gente que se reúne para aprender acerca de los caminos de Dios. Esto está directamente relacionado con uno de los Diez Mandamientos, el que ordena santificar el sábado como día de reposo.

En tiempos de obediencia a Dios, los israelitas se reunían cada sábado como congregación. Durante el reposo del séptimo día —que según la Biblia va desde la puesta del sol del viernes hasta la puesta del sol del sábado— debe llevarse a cabo una reunión santa. Dios ordenó: “El séptimo día será sábado de reposo, y habrá una asamblea sagrada” (Levítico 23:3, Reina-Valera Actualizada).

Los primeros cristianos mantenían la misma práctica: Cesaban de sus labores y se reunían cada sábado para aprender de la Palabra de Dios. Leamos Hechos 11:26: “Se congregaron allí [dos de los apóstoles, Pablo y Bernabé] todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos [*mathetes* en griego, que significa alumnos o aprendices] se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía”.

Así, la Iglesia se compone de *discípulos* o *alumnos* de Jesucristo que se reúnen para recibir instrucción de Dios, y la Biblia es su libro de texto. El apóstol Pablo explica que “toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).

Los maestros son los ministros debidamente nombrados de Jesucristo que enseñan fielmente la Palabra de Dios (Romanos 10:14-15; 2 Timoteo 2:2; 4:2). A ellos Dios los hace responsables de “usar bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15) y de “ser ejemplos de la grey” (1 Pedro 5:1-4; 1 Timoteo 3:2-7).

Sin embargo, la Iglesia es más que sólo una asamblea de estudiantes que se reúnen para recibir instrucción en su propio beneficio.

El pueblo especial de Dios

La mejor forma en que se puede describir la Iglesia de Dios es como el pueblo especial de Dios, personas que él ha llamado y escogido para

que reciban la salvación (vida eterna) como hijos suyos. Su esperanza y su futuro están inseparablemente ligados con el retorno de Jesucristo.

Dios llama —invita— a personas de toda condición para que sean sus siervos. No obstante, el apóstol Pablo hizo notar que los altivos y poderosos raramente se arrepienten y llegan a ser parte de la Iglesia (1 Corintios 1:26-29). Ellos tienden a estar poco dispuestos a dejar los caminos pecaminosos del mundo.

Aquellos que voluntariamente responden al llamamiento de Dios son sellados como su pueblo santo al recibir su Espíritu (Efesios 1:13). En muchas partes la Biblia se refiere a ellos como los *santos* (es decir, gente santa) o los *justos*.

El apóstol Pablo escribió: “La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo [mundo] sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:11-14).

Asimismo, a los miembros de la Iglesia el apóstol Pedro dijo: “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios . . . que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia” (1 Pedro 2:9-10).

Los cristianos son especiales para Dios en el sentido de que son apreciados por su fe y obediencia (Efesios 5:24-32), no porque Dios los considere inherentemente superiores o más valiosos que los demás seres humanos (Romanos 2:11; 3:23).

En las Escrituras el concepto de un pueblo especial, escogido para servir a Dios, no se refiere únicamente a la era del cristianismo. Dios inspiró el uso de este concepto desde las primeras páginas de la Biblia.

Desde que creó a Adán y a Eva, Dios ha procurado establecer una relación con la humanidad. Entre el tiempo en que vivieron nuestros primeros padres y la primera venida de Jesucristo, Dios intervino en la vida de muchos hombres y mujeres, entre ellos los profetas.

Dios considera a los profetas como parte de su pueblo especial. Jesús habló de un tiempo cuando tanto Abraham como Isaac, Jacob y “todos los profetas” estarán en el Reino de Dios (Lucas 13:28). Los

verdaderos cristianos son “miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas” (Efesios 2:20).

En el capítulo 11 de la Epístola a los Hebreos se nos explica por qué ciertas personas en tiempos del Antiguo Testamento tuvieron una relación especial con Dios. Las virtudes que estas personas poseían eran su obediencia y la fe inquebrantable que tenían en su Creador.

Las primeras raíces de la Iglesia

El antiguo Israel también fue pueblo santo de Dios. Moisés le dijo: “Eres pueblo santo al Eterno tu Dios, y el Eterno te ha escogido para que le seas un pueblo único de entre todos los pueblos que están sobre la tierra” (Deuteronomio 14:2). Ellos eran la “congregación” (o “iglesia”) de Dios (Hechos 7:38).

Dios le prometió a Abraham, quien es mencionado en el primer libro de la Biblia mucho antes de que existiera Israel como nación, que él sería el padre de *un pueblo especial, escogido* (Génesis 12:1-3; Gálatas 3:29). En la Escritura se habla de la extraordinaria relación que existe entre Abraham, Jesucristo y la Iglesia. El Nuevo Testamento empieza recordándonos que Jesús es “hijo de David, hijo de Abraham” (Mateo 1:1).

¿Por qué fue Abraham un personaje tan importante en la Biblia?

Abraham, quien vivió casi 2.000 años antes de Jesucristo, fue el patriarca del pueblo de Israel por medio de su nieto Jacob, cuyo nombre Dios cambió a Israel. Se habla de Abraham como el “padre de todos los creyentes no circuncidados . . . y padre de la circuncisión” (Romanos 4:1, 11-12; Isaías 51:1-2). Es un brillante ejemplo de obediencia y fe en Dios. Debido a su obediencia y su fe, Dios le hizo una promesa —un pacto sagrado— de que sería el padre de una gran nación (Génesis 13:16; 15:5; 17:2-6).

Lo que Dios le prometió a Abraham no representaba simplemente el tener muchos descendientes. El apóstol Pedro les recordó a sus contemporáneos judíos la gran importancia de lo que Dios le había prometido a Abraham: “Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra” (Hechos 3:25; Génesis 22:18).

Por su parte, el apóstol Pablo explicó que, en última instancia y en el sentido espiritual, la “simiente” prometida es Jesucristo, el Salvador de la humanidad: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas,

y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo” (Gálatas 3:16).

Los herederos espirituales de Abraham

Sólo por medio de Cristo se puede recibir la herencia eterna que fue prometida a la simiente de Abraham: “Si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29). Los cristianos, los que integran la Iglesia del Nuevo Testamento, son los *descendientes espirituales* de Abraham; son los herederos de la herencia eterna prometida a aquel patriarca. Este es un concepto que tenemos que captar muy bien a fin de poder valorar plenamente el papel que, según se define en la Biblia, tiene la Iglesia que fundó Jesucristo.

Uno puede preguntarse: ¿Acaso todos los descendientes de las tribus de Israel (descendientes físicos de Abraham) están incluidos en la simiente que es la Iglesia?

Notemos cómo les contestó Jesús a unos que, aunque descendientes físicos de Abraham, lo rechazaban a él como el Mesías prometido: “Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si fuereis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais” (Juan 8:39).

La mayoría de los descendientes físicos de Abraham no siguieron su ejemplo de obediencia y fidelidad. En Romanos 9:2-4 el apóstol Pablo escribió: “Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas”.

Luego, en los versículos 6 al 8 hace notar que para poder ser considerados entre los “hijos según la promesa” se necesita algo más que ser descendientes físicos de Abraham: “No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos . . . No los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes [de Abraham]”.

Un nuevo concepto acerca de Israel y la circuncisión

En las palabras de Jesucristo y del apóstol Pablo que acabamos de leer, hay dos cosas que sobresalen. La primera es que sólo los que son

“hijos de la promesa”, que “hacen las obras de Abraham”, son considerados los descendientes espirituales de Abraham como miembros de la Iglesia que fundó Jesucristo. La segunda es que los que forman la Iglesia también son considerados como hijos de Dios. Por lo tanto, la Iglesia es el “Israel de Dios” (Gálatas 6:16); son los herederos de la salvación.

El apóstol Pablo explica por qué los herederos espirituales del Reino de Dios, como los que habrán de recibir la salvación, tienen precedencia sobre los descendientes físicos de Abraham: “En verdad la circuncisión [la antigua señal del pacto con los descendientes físicos de Abraham] aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión” (Romanos 2:25). La desobediencia hace nulo el valor de la circuncisión física.

“Si, pues, el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión? Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti, que con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley” (vv. 26-27). Los que agradan a Dios son los que *guardan sus leyes*: “Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la *del corazón, en espíritu*, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios” (vv. 28-29).

El meollo del asunto es que la fe y la obediencia *de corazón*, no la genealogía individual, son indispensables para poder agradar a Dios. Sólo los que tienen un corazón como el de Abraham —cuyos corazones están circuncidados espiritualmente (Deuteronomio 30:6)— son los herederos de las promesas espirituales hechas a Abraham. Por esta razón, la salvación está accesible a los judíos y a los gentiles que están dispuestos a tener un corazón circunciso. Es la circuncisión del corazón, no la de la carne, lo que identifica a los hijos espirituales de Dios.

Los que obedecen a Dios

Ya hemos visto la promesa que Dios le hizo a Abraham: “Todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente” (Génesis 26:4). En el versículo siguiente Dios mismo nos dice por qué otorgó a Abraham tal honor: “Por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes” (v. 5).

La actitud obediente de Abraham, junto con su absoluta fe en Dios, lo distinguieron como “amigo de Dios” (Santiago 2:23). “¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que

El significado de *iglesia* y *congregación* en la Biblia

La mejor forma en que se puede entender la relación exacta entre la Iglesia del Nuevo Testamento (*ekklesia* en griego) y la congregación de Israel en el Antiguo Testamento es cuando conocemos las diferentes interpretaciones que se dan a las dos palabras hebreas traducidas como “congregación”: *edah* y *qahal*.

En su artículo titulado “Congregación”, *The Holman Bible Dictionary* (“Diccionario bíblico Holman”) explica que en el tiempo de Jesús y los apóstoles estos vocablos hebreos tenían sentidos bastante diferentes:

“En el Antiguo Testamento en griego, *edah* solía traducirse [al griego como] *synagoge*, [y] *qahal* [como] *ekklesia*. En el judaísmo tardío, [la palabra griega] *synagoge* se refería al pueblo israelita literal y [la palabra] *ekklesia* a los elegidos . . . de Dios llamados a la salvación. De aquí, *ekklesia* vino a ser el término utilizado para designar la congregación cristiana,

la Iglesia . . . Hay una continuidad espiritual directa entre la congregación del Antiguo Testamento y la Iglesia del Nuevo Testamento. Es significativo que la comunidad cristiana escogió el término del Antiguo Testamento para el pueblo . . . de Dios llamado a la salvación (*ekklesia*), en lugar del término que describía colectivamente a los israelitas (*synagoge*)”.

Esto explica por qué la palabra *ekklesia*, tal como se emplea en el Nuevo Testamento, se refiere sólo a aquellas personas (ya sean israelitas o gentiles) que son llamadas por Dios para recibir la salvación por medio de Jesucristo.

Por tanto, la Iglesia de Dios, el término que más comúnmente se aplica al pueblo de Dios en las traducciones al español del Nuevo Testamento, es el grupo de personas que son especiales para Dios porque obedecen su Palabra y se han sometido a su Hijo Jesucristo en sus vidas. □

dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios” (vv. 21-23; ver también Romanos 2:13).

Las cosas no han cambiado. Aquellos que forman parte del “pueblo adquirido por Dios” aún confían en él y le obedecen, al igual que lo hizo Abraham. El apóstol Pablo le habló a la iglesia en Corinto con respecto a las pruebas de la fe: “También para este fin os escribí, para tener la prueba de si vosotros sois obedientes en todo” (2 Corintios 2:9). Más adelante explicó que, tal como sucedió en el caso de Abraham, la obediencia de uno debe salir de adentro: del corazón y la mente. “Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra *obediencia* sea perfecta” (2 Corintios 10:4-6).

El pueblo de Dios es especial para él porque ellos, al igual que Abraham, confían en él y le obedecen de todo corazón.

Injertados en el Israel de Dios

Pablo se refería a los gentiles dentro de la Iglesia como judíos espirituales, aunque estos conversos eran físicamente incircuncisos. Como cristianos, venían a ser parte del “Israel de Dios” (Gálatas 6:16; Romanos 2:28-29). ¿Qué es lo que hace posible esta relación especial entre los gentiles y el Israel espiritual?

A los gentiles conversos Pablo les escribió: “Acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne . . . estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos [a la ciudadanía de Israel y a los pactos de la promesa] por la sangre de Cristo” (Efesios 2:11-13).

En Romanos 11:13-21, Pablo usa la analogía de un olivo que representa al pueblo de Dios (comparar con Salmos 52:8 y 128:3) para explicar cómo los gentiles conversos pueden ser miembros del “Israel de Dios”. Dirigiéndose al grupo gentil dentro de la Iglesia, dice: “. . . siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas [las ramas que representan a los israelitas circuncidados], y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo” (Romanos 11:17).

El apóstol nos hace ver claramente que el hecho de que Dios incluya a gentiles dentro de su pueblo especial no quiere decir que los favorezca sobre los judíos: “Si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?” (v. 24).

Términos bíblicos que se refieren al pueblo de Dios

Una respetada obra de consulta, *The International Standard Bible Encyclopedia* (“Enciclopedia internacional general de la Biblia”), resume varias descripciones que en el Nuevo Testamento se hacen del pueblo de Dios:

“Esta Iglesia no es una organización humana; es hechura de Dios (Efesios 2:10) . . . Así, puede ser descrita en varias formas muy significativas, de las cuales pueden notarse las siguientes:

“La Iglesia es *el pueblo o el Israel de Dios* (Efesios 2:12; cf. 1 Pedro 2:10), en quienes se cumple la promesa del antiguo pacto: ‘Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo’.

“Es *la familia de Dios* (Efesios 2:19; 3:15; 4:6), aquellos que han sido adoptados por Dios como hijos y herederos en Cristo.

“Es *lo que Dios ha plantado para dar fruto* a su gloria (1 Corintios 3:10; cf. Juan 15:1-2).

“Es *el templo de Dios*, cons-

truido por él mismo en Cristo para ser su morada y así ser el centro de la santificación y adoración verdaderas (Efesios 2:21-22; cf. Juan 2:19-20; 1 Corintios 3:9; 1 Pedro 2:4-5).

“Es *la novia de Cristo* por la que el novio se dio a sí mismo para poder presentársela limpia, santificada y pura en la eterna fiesta de bodas (Efesios 5:25).

“Es *el cuerpo de Cristo*, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo, siendo Cristo mismo la cabeza (Efesios 4:15-16) y también la totalidad en un sentido verdadero (1 Corintios 12:12), siendo cada cristiano un miembro en particular (1 Corintios 12:27)”.

Estos pasajes nos dicen mucho acerca de la definición bíblica de la Iglesia. Como podemos ver, la Iglesia de Dios no es un edificio, sino una congregación de llamados: el grupo de creyentes que Dios, con un propósito especial, ha invitado a salir del mundo. □

“Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (Hechos 10:34-35). Tanto judíos como gentiles pueden ser herederos de las promesas de Dios por medio de Cristo: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).

Al igual que Abraham, el pueblo santo y especial de Dios son personas obedientes, escogidas de entre todas las naciones, quienes se esfuerzan por vivir no sólo de pan “sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Su confianza en Dios viene del corazón y la demuestran por medio de sus actos de obediencia. El Espíritu de Dios obra en ellas a fin de que puedan tener fe y ser obedientes, lo que las hace especiales a los ojos de Dios.

Un pueblo que se transforma espiritualmente

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2).

Poco tiempo después de que se inició la Iglesia, el apóstol Pedro sanó a un cojo de nacimiento muy conocido en Jerusalén, quien diariamente pedía limosna en el templo (Hechos 3:1-10). Obviamente, este extraordinario suceso asombró a todos los que le conocían, pues “todo el pueblo, atónito, concurrió a ellos al pórtico que se llama de Salomón” (v. 11). Viendo la reacción que esto había causado, Pedro exhortó a los presentes: “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados . . .” (v. 19). En otra ocasión, Pablo escribió a los creyentes en Roma: “No os conforméis a este siglo, sino *transformaos* por medio de la renovación de vuestro entendimiento . . .” (Romanos 12:2).

¿Qué significan estas exhortaciones —arrepentirse, convertirse, transformarse— para alguien que desea ser parte de la Iglesia de Dios?

La palabra *arrepentirse*, traducida de la voz griega *metanoeo*, literalmente quiere decir “percibir posteriormente” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1984, 1:145). Transmite el concepto de que uno tiene que reconocer sus pecados, aceptar su

culpabilidad y darse cuenta de que es necesario cambiar su forma de pensar y actuar.

La palabra *convertirse* es una traducción del vocablo griego *epistrepho*, que significa “volverse” o “volverse hacia” (*ibídem*, 1:327). Indica que, además de reconocer y aceptar nuestros pecados, uno tiene que empezar a hacer cambios en su vida para volverse en sentido contrario al pecado; es decir, volverse hacia Dios. Esto exige que hagamos lo que es correcto, no sólo reconocer lo que no lo es.

La palabra *transformarse* es traducida del griego *metamorphoo*. Este vocablo significa “cambiar en otra forma” (*ibídem*, 4:176-177) e implica un cambio importante o total: una transformación comparable a la metamorfosis de oruga a mariposa.

Estos tres conceptos hacen muy claro el profundo cambio que Dios espera de los seguidores de Cristo: una transformación espiritual que generalmente se conoce como la *conversión*. Pero nadie puede lograr tan sobresaliente transformación por sí mismo, por su propia fuerza o voluntad. Tales conceptos describen un cambio milagroso en la forma de pensar y conducirse que se opera en las personas que reciben el Espíritu de Dios. Sólo los que se han convertido —que han sido transformados espiritualmente por el poder del Espíritu Santo— son realmente cristianos (Romanos 8:9).

¿Por qué es tan importante esta transformación espiritual?

Necesitamos el discernimiento espiritual

En Filipenses 2:5 el apóstol Pablo escribió: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”. Dios quiere que todo su pueblo piense como piensan él y su Hijo. Sólo cuando pensemos como Cristo podremos comportarnos como él lo hace. Se requiere una transformación total en nuestra mente para poder entender cómo piensan el Padre y Jesucristo.

Muchos suponen que cualquier persona puede comprender fácilmente las verdades que contiene la Biblia. Ciertamente, algunas son fáciles de entender, pero también es muy fácil interpretar mal muchos temas o principios bíblicos. Esto se debe a un problema fundamental: Todos tendemos a ver únicamente lo que *queremos* ver.

La Biblia está escrita de tal manera que le facilita a cualquier persona cerrar los ojos para no ver lo que no quiere ver y cerrar los oídos

para no oír lo que prefiere no oír. Como resultado, no es difícil adquirir un concepto erróneo de lo que la Biblia realmente dice.

Las epístolas del apóstol Pablo nos proporcionan un claro ejemplo de esto. Otro apóstol, Pedro, refiriéndose a algunas de las cosas que Pablo había escrito, dijo: “. . . entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición” (2 Pedro 3:16). Esto no es nada extraño. Mucha gente en todo el mundo ha interpretado mal tanto las epístolas de Pablo como muchas otras partes de la Biblia. Fueron torcidas en el tiempo de Pablo y Pedro, y aun en la época actual frecuentemente se tuerce su significado.

Sólo aquellos cuyos pensamientos son guiados por el Espíritu Santo pueden comprender el mensaje bíblico. Los que no tienen este Espíritu no entienden, o sencillamente rechazan, algunas partes de la Biblia. Pablo entendía muy bien este hecho: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). Estas palabras son muy claras: Para poder comprender las verdades espirituales es imprescindible que uno tenga el Espíritu de Dios.

La ceguera espiritual oculta la verdad de Dios

Por lo general, no es que la Biblia sea tan difícil de entender. Más bien, a los que la leen les resulta difícil *aceptar* gran parte de lo que dice, de modo que la interpretan de una manera que a ellos les parece aceptable y que se acomoda a sus propios puntos de vista.

¿Por qué se engañan de esta manera?

El problema tiene dos aspectos. Primero, Dios nos dice: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos . . . Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8-9).

¿Por qué es esto así? Primeramente porque los caminos y los pensamientos de Dios están basados en el *amor* (Mateo 22:36-40), que es una preocupación sincera y desinteresada por los demás. En cambio nosotros, como humanos, básicamente somos *egoístas*; pensamos primero en nosotros mismos.

En forma natural, tendemos a engañarnos a nosotros mismos a fin de poder servir a nuestros propios intereses egoístas. En Jeremías 17:9 se nos hace ver que el “corazón”, nuestra motivación y razonamiento naturales, es “engañoso . . . más que todas las cosas, y perverso”. Por eso es tan fácil engañarnos a nosotros mismos. Tenemos que reconocer en nosotros esta característica de la naturaleza humana y estar dispuestos a cambiarla de manera que Dios pueda transformarnos. Necesitamos una nueva manera de pensar, un corazón y una mente nuevos.

Es necesario que por el poder del Espíritu de Dios cambiemos nuestra forma de pensar a fin de que nuestros intereses ya no sean egoístas. Esta transformación nos capacitará para amar a los demás como a nosotros mismos. Alabando la preocupación que uno de sus discípulos, Timoteo, sentía por otros, el apóstol Pablo escribió: “A ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros. Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús” (Filipenses 2:20-21).

El papel de Satanás en la ceguera de la humanidad

La otra razón fundamental por la que la gente se confunde y no entiende bien la Biblia es porque Satanás, “el dios de este siglo *cegó el entendimiento* de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Corintios 4:4). Uno de los profetas de Dios compara esta ceguera al “velo que envuelve a todas las naciones” (Isaías 25:7).

Satanás ha cegado a la humanidad al incitarla para que tenga prejuicios en contra de los principios bíblicos. La Palabra de Dios nos advierte que la influencia de Satanás es tan penetrante que “el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5:19). De hecho, ha tenido éxito al engañarnos a todos hasta cierto punto (Apocalipsis 12:9).

El carácter espiritual de la humanidad ha sido torcido por la mezcla de engaño y prejuicio en contra de los caminos de Dios. “No hay justo, ni aun uno”, escribió Pablo, y “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:10, 23).

Lo que este apóstol dice es que todos hemos seguido “la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire [Satanás], el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra

carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Efesios 2:1-3).

Quizá esto le choque, apreciado lector, pero es la verdad: Todos hemos sido *cegados* y *engañados* por la penetrante influencia de Satanás. Por consiguiente, necesitamos arrepentirnos, abandonar nuestros prejuicios personales y aceptar la autoridad de la Biblia. Así podremos empezar a leerla con entendimiento.

Tristemente, el que está engañado no sabe que está engañado. En la Biblia se nos hace ver que la predisposición de las personas en contra de la verdad de Dios es como un endurecimiento del corazón debido a que tienen “el entendimiento entenebrecido, [y están] ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Efesios 4:18). La dureza de su corazón obstaculiza su entendimiento. Por eso Jesús dijo a sus discípulos: “A vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos *no les es dado*” (Mateo 13:11). Jesús sabía que sólo unos cuantos podrían entender el significado de su mensaje; y así ha sido hasta el día de hoy.

Jesucristo nos revela por qué la gente endurece su corazón. Cierran los ojos y los oídos cuando se enfrentan a verdades que no van de acuerdo con sus preferencias. Endurecen sus corazones al escoger no entender asuntos que van en contra de sus propias opiniones. Él dice claramente: “De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane” (vv. 14-15).

Jesús también explicó el papel que Satanás tiene en este engaño: “Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebata lo que fue sembrado en su corazón” (v. 19). Satanás interviene rápidamente en personas que sienten alguna inclinación por oír la verdad y las desvía y confunde para que endurezcan sus corazones y se nieguen a escuchar.

Sólo Dios puede sanar la ceguera espiritual

Resulta muy difícil para mucha gente, particularmente para quienes tienen fuertes convicciones religiosas, reconocer que quizá no entienden

correctamente gran parte de la Biblia. Todos tenemos la tendencia de abrazarnos a lo que aprendimos primero, y de rechazar cualquier cosa que pretenda corregir nuestra perspectiva. Sin embargo, para ser un verdadero discípulo de Jesucristo se debe empezar con el arrepentimiento: reconocer en qué estamos mal y *cambiar* nuestras creencias y comportamiento. Y para que podamos arrepentirnos, Dios tiene que darnos el entendimiento espiritual de nuestros prejuicios, pecados y otras debilidades. Jesús dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” y: “Ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre” (Juan 6:44, 65). Necesitamos la ayuda de Dios para cambiar nuestros corazones.

Hasta cierto punto, todos tendemos a ser justos ante nuestros propios ojos. Nos resulta natural pensar que nuestros caminos son buenos y justos. Sin embargo, la Palabra de Dios nos advierte: “Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12). El hecho de que *creamos* que algo está bien no quiere decir que está correcto.

Aunque nuestras ideas y creencias nos parezcan correctas, debemos estar dispuestos a reexaminarlas a la luz de las Escrituras. Si no comparamos cuidadosamente nuestras creencias con lo que Dios nos revela en la Biblia, corremos el riesgo de permitir que “lo que siempre hemos creído” endurezca nuestro corazón y nos ciega a la verdad.

Debemos tener en cuenta estas tendencias humanas cuando comparamos nuestras creencias con las Escrituras. Nuestra capacidad de engañarnos a nosotros mismos, junto con la penetrante y engañosa influencia que Satanás ejerce en el mundo que nos rodea, es una gran barrera en contra de nuestro entendimiento de la Biblia. Resulta muy fácil ver en la Palabra de Dios únicamente aquello que parece favorecer nuestras creencias personales y pasar por alto las verdades bíblicas que contradicen, y pueden corregir, estas creencias.

La ceguera ofusca el entendimiento

Este era también un problema en el tiempo del apóstol Pablo. Algunos creían que entendían las Escrituras y que vivían por ellas; no obstante, la realidad era que se habían engañado con sus propias ideas preconcebidas. Pablo se daba cuenta de esto, ya que dijo: “El entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el

antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto . . . Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando se *conviertan* al Señor, el velo se quitará” (2 Corintios 3:14-16).

Aquí Pablo estaba refiriéndose a gente religiosa de su tiempo a quienes con regularidad se les leían las Escrituras. A pesar de ser muy sinceros, les obstaculizaba una ceguera espiritual; cerraban los ojos y oídos a los pasajes que señalaban a Jesús como el Mesías. ¿Por qué? Sus prejuicios dominaban su forma de pensar, y cerraban sus mentes porque ese nuevo conocimiento era inaceptable para ellos. Leían las Escrituras o escuchaban cuando se las leían en las sinagogas, pero no las entendían realmente.

Su proceder es una advertencia para nosotros, para que no sigamos su ejemplo. Todos necesitamos la ayuda de Dios para reconocer y hacer frente a los caminos y creencias que nos *parecen* correctos pero que se contraponen a la Palabra de Dios (Proverbios 14:12). Todos debemos buscar la ayuda de Dios para poder entender, aceptar y aplicar las Escrituras en nuestra vida diaria.

La verdadera Iglesia de Dios son aquellas personas cuyo entendimiento ha sido abierto por Dios para que puedan ver sus propias faltas y pecados. Sólo si estamos dispuestos a arrepentirnos —es decir, cambiar nuestros pensamientos y actitudes más íntimos, así como nuestro comportamiento— podemos llegar a ser verdaderos seguidores de Cristo.

Al estudiar la Palabra de Dios debemos hacerlo con la actitud que tenía el rey David: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Salmos 139:23-24).

Nuestros prejuicios o predisposiciones generalmente son tan profundos que no podemos desarraigarlos por nosotros mismos. Recordemos lo que dijo Jesús: “Ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre” (Juan 6:65). Necesitamos un *milagro* de Dios para que podamos reconocer sinceramente algunos de nuestros prejuicios más profundos. Se requiere el poder de nuestro Creador para que estemos dispuestos a cambiarlos. Sin su ayuda, nunca podremos librarnos de nuestra ceguera espiritual y de los prejuicios que nos separan de él.

Conocer a Dios nos capacita para vencer nuestra ceguera espiritual y someternos a Cristo como personas verdaderamente arrepentidas y

Los apóstoles: Un estudio acerca de la conversión

Los discípulos de Jesús, que sólo eran personas comunes y corrientes, fueron transformados en líderes de extraordinario dinamismo debido al poder del Espíritu de Dios. Para poder apreciar la magnitud de su transformación, necesitamos hacer un análisis cuidadoso de estos hombres antes de que recibieran el Espíritu Santo.

Mateo, Marcos, Lucas y Juan nos proporcionan cierta información acerca de sus vidas. No existe nada que nos indique que hayan recibido una educación especial o que hayan ocupado puestos de influencia. Los gobernantes y dirigentes religiosos los consideraban más bien como "hombres sin letras y del vulgo" (Hechos 4:13).

Mateo era cobrador de impuestos, una de las profesiones más despreciadas de su época (Mateo 9:9; 18:17). Pedro, su hermano Andrés y otro par de hermanos, Santiago y Juan, eran pescadores (Mateo 4:18-22; Lucas 5:1-10). Al igual que Felipe, vivían en Betsaida, un pueblo de la provincia de Galilea (Juan 1:44). Lo único que tenían de especial era la oportunidad de ser discípulos de Jesucristo.

Más sorprendente aún es su falta de entendimiento espiritual al

estar siendo enseñados. La naturaleza humana dominaba todavía sus mentes, y eran "carnales" en su forma de pensar y actuar (Romanos 8:5-7). Jesús tuvo que reprocharles su incredulidad y dureza de corazón (Marcos 16:14).

Su actitud y su conducta en ese tiempo nos muestran que aun viviendo junto con Jesús, escuchándolo y viendo su ejemplo diariamente, no era suficiente para transformar su modo de pensar de lo carnal a lo espiritual.

Jesús reprendió severamente a Jacobo y a Juan por su actitud hacia algunos que lo habían rechazado: "Mas [los samaritanos] no le recibieron . . . Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? Entonces volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas . . ." (Lucas 9:53-56). Tiempo después, Juan vino a ser conocido como "el apóstol del amor". ¡Qué cambio en este hombre que una vez le pidió a Jesús que destruyera toda una aldea!

Los discípulos discutían acerca de quién sería el mayor entre ellos (Marcos 9:33-34; Lucas 22:24). Jacobo y Juan incluso trataron de persuadir a Jesús para que les asignara los dos puestos más importantes en su reino (Marcos 10:35-37).

Al igual que cualquier otra persona, cada uno de ellos sobreestimaba grandemente su lealtad a Jesús: "Todos os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas . . . Entonces Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no. Y le dijo Jesús: De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. Mas él con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré. También todos decían lo mismo" (Marcos 14:27-31).

Cuando los discípulos dijeron esto estaban seguros de que así lo harían. Sin embargo, unas horas después todos abandonaron a su Maestro (v. 50). Pedro incluso empezó a maldecir y hasta juró que nunca había conocido a Jesús (Mateo 26:69-75; Lucas 22:54-62).

Después de que Jesús fue crucificado, tal parece que Pedro y seis de los apóstoles decidieron que era tiempo de volver a su ocupación anterior (Juan 21:2-3). Aunque habían oído a Jesús hablar de su muerte y resurrección, su ceguera

espiritual les impedía comprender el significado de las palabras de su Señor. Esa misma ceguera está también en todos los seres humanos hasta que Dios les abre el entendimiento para que puedan comprender lo que él dice realmente en su Palabra.

Aun después de haber oído la noticia de la resurrección de Jesús, Tomás estaba tan escéptico que dijo: "Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré" (Juan 20:25). Unos días después Jesús le dio la oportunidad para comprobarlo en la forma que quería (vv. 26-29).

Estos son los hombres que Jesús escogió para que apacentaran sus ovejas y predicaran el evangelio. Pero hasta ese momento aún no habían recibido el Espíritu de Dios. Estaban tan impotentes como lo está cualquier otro ser humano para cumplir con su compromiso de servir fielmente a su Salvador. Por su propia fortaleza les era imposible ser los siervos de Cristo.

Ahora podemos entender más claramente la observación que les hizo Jesús a sus discípulos cuando le preguntaron: "¿Quién, pues, podrá ser salvo?" Él les contestó: "Para los hombres esto es imposible, mas para Dios todo es posible" (Mateo 19:25-26). □

dispuestas a seguir su ejemplo. Esta es la clave para entender cómo la Palabra de Dios hace distinción entre los que son su pueblo y los que permanecen ciegos espiritualmente.

Sin el Espíritu de Dios nada podemos

Dios nos advierte que, en asuntos de orden espiritual, no confiemos en nuestro propio entendimiento (Proverbios 3:5). Con sólo nuestras capacidades naturales, no podemos entender correctamente muchos aspectos de la Palabra de Dios. El apóstol Pablo nos dice por qué no debemos confiar en nuestra propia mente: “Por cuanto los designios de la carne son *enemistad* contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7-8). En otras palabras, sin el poder del Espíritu de Dios, somos incapaces de controlar la naturaleza humana.

Esta es la razón por la que muchos que leen la Biblia no aceptan lo que ésta dice. Aunque no lo reconocen, abrigan una innata hostilidad hacia la absoluta autoridad divina sobre sus vidas.

El apóstol Pablo aclara también que el Espíritu de Dios es la única solución al problema de la naturaleza humana: “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros” (v. 9). Sólo con la fortaleza y el entendimiento que Dios nos da por medio de su Espíritu podemos obtener el poder espiritual para vencer el dominio de nuestra naturaleza humana.

Sin la ayuda del Espíritu de Dios, la perspectiva espiritual de una persona es desvirtuada por sus apetitos carnales y por la influencia que Satanás ejerce en la formación de sus creencias y principios. Incluso aquellos que tienen un considerable entendimiento de los caminos de Dios y que por su propia fuerza tratan de obedecerlo (como los primeros discípulos de Jesús antes de que recibieran el Espíritu Santo), son desviados por los deseos y debilidades de la carne. Jesús mismo advirtió a sus discípulos: “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26:41). (Ver “Los apóstoles: Un estudio acerca de la conversión”, p. 22.)

Aun después de su conversión, Pablo mismo se puso como ejemplo para explicar cuán fuerte y ampliamente las debilidades humanas controlan el comportamiento: “Lo que hago, no lo entiendo; pues no

hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago . . . De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Romanos 7:15, 17-18).

Mas con la ayuda del Espíritu de Dios, Pablo vio que podía resistir con éxito los deseos de la naturaleza humana (Filipenses 4:13; 2 Timoteo 4:7-8). Él declaró: “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Romanos 8:2).

El apóstol agregó que “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Romanos 5:6). Su muerte hizo posible que nuestros pecados fueran perdonados y pudiéramos recibir el Espíritu Santo, lo que nos daría el poder espiritual de Dios para combatir las debilidades de la carne (Hechos 1:8; 2:38; 2 Timoteo 1:7).

Una transformación espiritual

La Iglesia de Dios son las personas que están siendo guiadas por el poder del Espíritu de Dios. Leamos cómo lo resume el apóstol Pablo: “Si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:13-14).

El poder de Dios cambia profundamente la actitud humana; su Espíritu transforma la vida de la persona. Nos capacita para vencer los apetitos de la naturaleza humana y para vivir como Dios nos manda. El Espíritu de Dios es el elemento más importante de la vida cristiana. De hecho, la presencia o ausencia del Espíritu Santo es lo que determina si una persona es un siervo de Dios, un verdadero cristiano: “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9).

Aquellos en quienes mora el Espíritu Santo son los que componen el cuerpo espiritual que es la Iglesia que fundó Jesucristo: “Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Corintios 12:13).

El Espíritu de Dios es una fuente de gran poder

El Espíritu Santo es el poder por medio del cual Jesucristo obra en sus discípulos para que hagan las buenas obras —den el fruto— que él espera de ellos: “Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad

nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia” (2 Pedro 1:3).

En Juan 16:13, Jesús nos promete que el Espíritu Santo nos “guiará a toda la verdad”, de manera que podamos saber cómo servir a Dios conforme a su voluntad. Su Espíritu hace posible que nosotros “crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4:15).

El apóstol Pablo habla del Espíritu de Dios que mora en nosotros: “En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:22). El Espíritu Santo es la presencia y el poder mismos de Dios que obran en su pueblo. Más adelante, este apóstol nos exhorta a que nos ocupemos en nuestra salvación “con temor y temblor, porque Dios es el que en [nosotros] produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12-13).

El Espíritu de Dios nos guía a la obediencia

La transformación del pueblo de Dios por medio del Espíritu Santo es una transformación de sus corazones, de lo más profundo de su ser. En lugar de tener un corazón duro y hostil a las leyes de Dios, obtienen un espíritu de obediencia porque Dios mora en ellos y obra en ellos.

El apóstol Juan nos asegura que “el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en eso sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1 Juan 3:24).

El deseo y la voluntad de obedecer son tan importantes en lo que significa ser cristiano, que en la misma epístola Juan, con toda franqueza, nos advierte que “el que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:4-6). Esto ciertamente es hablar sin rodeos.

Jesús, muy claramente, hace hincapié en que los que no han recibido de Dios esa actitud de obediencia reaccionan en forma muy diferente a sus mandamientos: “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues *en vano me honran*, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres . . .” (Marcos 7:6-8).

Quien no tenga un espíritu de obediencia trata de acomodar los mandamientos de Dios a sus propios razonamientos y a su naturaleza humana, como podemos ver en las palabras que a continuación dijo Jesús: “Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Basta que diga un hombre al padre o a la madre: Es Corbán (que quiere decir, mi ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte, y no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas hacéis semejantes a estas” (vv. 9-13).

A quienes no tienen el Espíritu de Dios les resulta fácil rechazar las instrucciones bíblicas que no les gustan. Aferrándose a sus propias tradiciones, aparentan obedecer y honrar a Dios al tiempo que hacen a un lado el verdadero propósito de las instrucciones y mandamientos que nos dio. Jesús dijo que esa clase de adoración se hace *en vano*; es vacía e inútil (v. 7). Tales personas tienen ojos que no ven y oídos que no oyen (Romanos 11:8).

En cambio, el Espíritu de Dios transforma profundamente la actitud, la perspectiva y el espíritu de su pueblo. Ellos desean de todo corazón obedecerle y él les da una actitud obediente y humilde hacia él y hacia su Palabra. Voluntaria y fielmente obedecen sus mandamientos (Apocalipsis 12:17). Han recibido de él su santo Espíritu para poder luchar contra Satanás y contra su propia naturaleza humana.

En resumen, son personas transformadas; son un pueblo especial para Dios.

La misión y los deberes de la Iglesia

“Id, y haced discípulos a todas las naciones . . . enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19-20).

Jesucristo dio a su Iglesia —el cuerpo de creyentes espiritualmente transformados— la responsabilidad de predicar el evangelio del Reino de Dios y de hacer discípulos en todo el mundo, enseñándoles exactamente lo que él había enseñado (Mateo 24:14; 28:19-20).

Esa responsabilidad o misión no terminó cuando murieron los primeros discípulos. La misión de la Iglesia, dada primeramente a los apóstoles, ha ido pasando de generación en generación, y Jesucristo prometió estar con todos sus fieles seguidores continuamente hasta el día en que él retorne (Mateo 28:20).

El apóstol Pablo les hizo saber a Festo, gobernador de Judea, y al rey Agripa, que Jesús lo había enviado para que abriera los ojos de la gente a fin de que se convirtiera “de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios” y recibiera, por medio de la fe en Cristo, el perdón de sus pecados y herencia entre los santificados (Hechos 26:18).

En una de sus epístolas, también escribió: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Romanos 1:16). El

evangelio es el mensaje de Dios acerca de cómo vendrá la salvación a la humanidad, empezando con su Iglesia.

La Iglesia de Dios desempeña varios papeles en la salvación del mundo. Es la sal de la tierra (Mateo 5:13), la luz del mundo (vv. 14-16), la casa o familia de Dios (Efesios 2:19; 1 Pedro 4:17) y “columna y baluarte de la verdad” en un mundo espiritualmente confundido (1 Timoteo 3:15). Examinemos las múltiples responsabilidades que Cristo dio a ese pueblo especial que es su Iglesia.

¿Debe la Iglesia salvar al mundo?

El apóstol Pablo describe la responsabilidad de la Iglesia como “el ministerio de la reconciliación”, porque “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Corintios 5:18-19).

El propósito principal de Dios es juntar —reconciliar— a toda la humanidad con él. La Iglesia desempeña un papel importante en este valioso esfuerzo. Dios le ha encargado que predique cómo ocurrirá la reconciliación, y debe bautizar a los que crean este mensaje.

¿Cuándo se llevará a cabo esa reconciliación? Un concepto común pero equivocado es que Jesús comisionó a su Iglesia para que salvara al mundo en este tiempo. Pero no es eso lo que enseña la Biblia y no es lo que Pablo quiso decir en 2 Corintios 5:18-19.

El ministerio de la reconciliación de la Iglesia es sólo el principio de una fase mucho más amplia en el plan de Dios para reconciliar consigo al mundo por medio de Jesucristo.

Dios comisionó a la Iglesia para que proclamara la salvación al mundo. Pero *proclamar* la enseñanza de Jesucristo acerca de la salvación es muy diferente de *llevar* al mundo a la salvación. Para esto último será necesario hacer que toda la humanidad se arrepienta y se convierta; ese trabajo tendrá que esperar hasta que Cristo retorne.

¿Por qué Cristo conducirá a Israel al arrepentimiento?

Cristo, a su retorno, empezará la reconciliación de la humanidad con Dios conduciendo al arrepentimiento a los descendientes de Jacob (Israel). En ese tiempo “todo Israel será salvo”. ¿Cómo? “Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad” (Romanos 11:26).

Luego de que estos descendientes de Israel hayan aprendido a obedecer como nación, “vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la

¿Cuál es el verdadero evangelio?

¿Cuál fue el mensaje de Jesucristo? Él predicó el “evangelio del reino de Dios” (Marcos 1:14-15; Mateo 4:23; 9:35). La palabra *evangelio*, *euangelion* en griego, quiere decir “buenas noticias”. Y ciertamente eran buenas noticias lo que constituía el meollo del mensaje de Jesucristo. Él mismo definió su misión aquí en la tierra cuando dijo: “Es necesario que . . . anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado” (Lucas 4:43).

¿A qué fue que él envió a sus discípulos? “Los envié a predicar el reino de Dios . . .” (Lucas 9:2, 6).

¿De qué trata ese mensaje? ¿Cuáles son las buenas noticias?

Cuando Jesús hablaba y enseñaba acerca del Reino de Dios (Lucas 8:1; 9:11; 12:31; 13:18), simplemente estaba confirmando las palabras de los profetas que están consignadas en el Antiguo Testamento. Siglos antes, Dios había inspirado a algunos de sus siervos fieles, entre ellos Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y Zacarías, para que

podieran ver que más allá de los problemas y la destrucción de los reinos de Israel y Judá había un futuro prometedor cuando él establecería su gobierno sobre la tierra bajo el reinado del Mesías.

Veamos algunas de las profecías que nos hablan de este maravilloso acontecimiento:

“Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará . . . No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del Eterno, como las aguas cubren el mar. Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa” (Isaías 11:6, 9-10).

“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le . . . fue dado dominio, gloria y reino, para que todos

ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno” (Isaías 2:3). Otro de los profetas nos dice: “Así ha dicho el Eterno de los ejércitos: En aquellos días acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un judío, diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos

los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Daniel 7:13-14).

“Después saldrá el Eterno . . . Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande . . . y vendrá el Eterno mi Dios, y con él todos los santos . . . Y el Eterno será rey sobre toda la tierra. En aquel día el Eterno será uno, y uno su nombre” (Zacarías 14:3-5, 9).

Jesús y sus apóstoles hablaron de este mismo gobierno mundial, que él llamó el Reino de Dios. En Lucas 21 leemos que, después de hablar de una serie de acontecimientos sin paralelo en la historia, Jesús concluyó: “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca . . . cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios” (vv. 28-31).

Los profetas del Antiguo Testamento, Jesús y sus apóstoles, to-

dos hablaron de un gobierno literal que remplazará a todos los gobiernos del mundo. Cuando se cumplan estas profecías, se oirán voces que al unísono exclamarán triunfantemente: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15).

Tristemente, gran parte de la cristiandad no entiende este mensaje y raramente lo enseña. Muchos han aceptado “un evangelio diferente” (Gálatas 1:6), el cual desvirtúa y oscurece esta importante verdad bíblica. En el capítulo IV de este folleto usted podrá leer acerca de cómo se originó y dispersó por todo el mundo lo que el apóstol Pablo llamó un “evangelio diferente” (vv. 8-9).

No obstante, usted mismo puede descubrir todo el significado del evangelio —las buenas noticias— que predicaron Jesús y los apóstoles. Este mismo evangelio es predicado fielmente por la Iglesia de Dios Unida. Para una explicación más amplia del verdadero evangelio, no deje de solicitar nuestro folleto gratuito *El evangelio del Reino de Dios*. □

oído que Dios está con vosotros” (Zacarías 8:23). La humanidad empezará a darse cuenta de que *aún es necesario obedecer la ley* que Dios le dio al antiguo Israel. Los hombres se desharán de sus prejuicios e incluso empezarán a guardar las fiestas bíblicas (Levítico 23).

Los que permanezcan en actitud rebelde, pronto tendrán que enfrentarse a terribles circunstancias porque Dios impedirá que haya lluvia en sus campos hasta que cambien su actitud: “Todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, al Eterno de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos. Y acontecerá que los de las familias de la tierra que no subieren a Jerusalén para adorar al Rey, el Eterno de los ejércitos, no vendrá sobre ellos lluvia” (Zacarías 14:16-17).

Como Cristo conoce muy bien la naturaleza humana, hará lo que sea necesario en ese tiempo para cambiar el modo de pensar de la gente y así conducirla al arrepentimiento. Pero esto no se hará hasta después de que él haya retornado.

Aunque la Iglesia debe proclamar un mensaje al mundo en el que está incluido un llamado al arrepentimiento, en las Escrituras se nos dice que serán muy pocas las personas que verdaderamente se arrepientan antes de la venida de Cristo. Por lo tanto, la responsabilidad de la Iglesia no es conducir a todo el mundo al arrepentimiento en este tiempo.

Un grupo pequeño: La luz del mundo

Jesús dijo a sus discípulos: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). También dijo: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Juan 15:18-19).

El pueblo de Dios nunca ha gozado de muchas simpatías o influencia en este mundo. Jesús describió su destino cuando dijo: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque *estrecha* es la puerta, y *angosto* el camino que lleva a la vida, y *pocos* son los que la hallan” (Mateo 7:13-14).

Así es. Sólo unos pocos están dispuestos a seguir las enseñanzas de Jesucristo cuando las escuchan y entienden. Pero a los que las siguen

fielmente él los consuela diciéndoles: “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lucas 12:32).

Dios nos dice que en el tiempo actual su pueblo será una manada *pequeña*. Él está llamando sólo a unos pocos, sus primicias, para que sean ejemplos de lo que es su camino de vida al resto del mundo.

Jesús les dice a sus verdaderos seguidores: “Vosotros sois la luz del mundo . . . Así alumbrad vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:14-16).

Dios comisionó a la Iglesia para que diera el ejemplo de lo que es su camino de vida. Es decir, por medio de la Iglesia Dios está mostrándole al mundo el modo correcto de vivir. Uno de los apóstoles exhorta a los miembros de la Iglesia para que mantengan “buena [su] manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de [ellos] como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar [sus] buenas obras” (1 Pedro 2:12).

La Iglesia: Las primicias de Dios

Durante “el presente siglo malo” (Gálatas 1:4), la Iglesia de Dios constituye sólo la primera parte de la gran cosecha que él llevará a cabo para dar la vida eterna a los seres humanos.

El apóstol Santiago, refiriéndose a los seguidores de Cristo e incluyendo él mismo, dice que “por su voluntad [Dios] nos engendró por la Palabra de Verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Santiago 1:18, Nueva Reina-Valera). Los verdaderos cristianos han sido “redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero” (Apocalipsis 14:4).

Los miembros de la Iglesia apostólica entendían claramente el uso bíblico del término *primicias*. “Como reconocimiento del hecho de que todos los productos de la tierra venían de Dios, y en agradecimiento por su bondad, los israelitas le llevaban como ofrenda una parte de los frutos que maduraban primero, los cuales eran considerados como un adelanto de la cosecha venidera” (*Zondervan Pictorial Bible Dictionary* [“Diccionario bíblico ilustrado de Zondervan”], 1967, artículo “Primicias”).

Las primicias eran la primera parte de la cosecha, la cual los israelitas apartaban para Dios. Después de juntarlas y consagrarlas a su

Creador, levantaban el resto de la cosecha. Los apóstoles y los miembros de la Iglesia primitiva entendían que, como primicias, la Iglesia es la primera parte de la cosecha que Dios hará de toda la humanidad. La inmensa parte de la cosecha no se llevará a cabo hasta *después* del retorno de Jesucristo.

Aquellos a quienes Dios llame en este tiempo tomarán parte en la labor de salvar al mundo, pero no lo harán en el tiempo presente ni como seres humanos. Al retorno de Jesucristo serán resucitados o transformados en seres espirituales.

Dios los resucitará o transformará a la vida eterna como las primicias de su cosecha, dándoles la inmortalidad al retorno de Jesucristo (1 Corintios 15:20-23, 51-53). Serán reyes y sacerdotes en el Reino de Dios (Apocalipsis 5:10).

Como hijos inmortales de Dios, ellos reinarán con Cristo por mil años y enseñarán al mundo cómo obedecer a Dios: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (Apocalipsis 20:6). La resurrección a la vida eterna de estos fieles seguidores de Jesucristo al principio de los mil años será sólo la *primera* resurrección (vv. 4-6).

Todos los muertos serán resucitados

Al terminarse ese período de mil años, Dios resucitará y juzgará a todos los demás seres humanos que hayan vivido a lo largo de la historia del mundo (Apocalipsis 20:11-12). Esta será una resurrección inmensamente mayor que la primera; será la resurrección de “los otros muertos” (v. 5). En ese tiempo Dios resucitará a todos los muertos de todas las naciones, junto con los de Israel; todos volverán a la vida al mismo tiempo (Mateo 11:20-24; 12:41-42).

Jesús dijo: “No os extrañéis de esto: llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, y los que hayan hecho el mal, para una resurrección de juicio” (Juan 5:28-29, Biblia de Jerusalén).

Los que tengan parte en esta resurrección, una resurrección de juicio, resucitarán como seres físicos nuevamente (Ezequiel 37:1-10). Entonces aprenderán los caminos de Dios, teniendo así la oportunidad de reconocer sus pecados, arrepentirse y recibir el Espíritu Santo.

¿Es hoy el único día de salvación?

¿Es acaso cierto que esta época en que vivimos es el único tiempo en que la gente puede arrepentirse y ser salva? Los que no se salvan en este tiempo, ¿estarán condenados a sufrir el tormento del infierno porque ya perdieron su única oportunidad de arrepentirse y volverse hacia Dios?

Algunos piensan que eso es lo que quiso decir el apóstol Pablo cuando escribió: “Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Corintios 6:1-2).

Pablo dijo exactamente lo que quiso decir. Pero estemos seguros de ver también lo que no dijo. Él no dijo que hoy día es el *único* tiempo de salvación, y tampoco fue ese su propósito.

En el texto griego original del versículo 2, no hay ningún calificativo antes de las frases “tiempo aceptable” y “día de salvación”. Con la intención de aclarar más las palabras del apóstol, la mayoría de los traductores han agrega-

do el artículo *el* antes de las palabras *tiempo* y *día*, pero al hacerlo han cambiado el significado. Los editores de la Nueva Biblia Española vertieron el versículo de esta manera: “Dice él: ‘En tiempo favorable te escuché, en día de salvación vine en tu ayuda’; pues miren, ahora es tiempo propicio, ahora es día de salvación”.

Para quienes ahora forman parte de la Iglesia de Dios, este tiempo es *su* día de salvación. Dios los está llamando y los está juzgando ahora (1 Pedro 4:17). Hoy día la salvación está disponible para todos los que estén dispuestos a arrepentirse. Eso es lo que el apóstol Pablo quiso decir.

Mas nunca dijo ni insinuó que la salvación estuviera disponible en esta época únicamente, o en el tiempo en que él vivió. En ninguna manera quiso contradecir los muchos pasajes de la Biblia en los que se nos muestra que miles de millones de personas tendrán su oportunidad para ser salvos en épocas aún futuras.

Si desea estudiar este tema más detalladamente, no vacile en solicitar los folletos titulados *¿Qué sucede después de la muerte?* y *Las fiestas santas de Dios*. □

Cuando así lo hagan, también ellos podrán recibir la inmortalidad.

En los versículos 12-14, Ezequiel describe esa resurrección: “Por tanto, profetiza, y diles: Así ha dicho el Eterno el Señor: He aquí yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulcros . . . Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que yo el Eterno hablé, y lo hice, dice el Eterno”. (Para mayor información sobre este importante tema, no deje de solicitar nuestro folleto gratuito *¿Qué sucede después de la muerte?*)

Los seguidores de Cristo son las primicias de los redimidos. Ellos viven ahora en un mundo engañado, y deben luchar para ser “irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual [resplandecen] como luminarias en el mundo” (Filipenses 2:15).

La Iglesia: El Cuerpo de Cristo

Ya hemos visto que Jesús les dijo a sus seguidores que fueran por todo el mundo haciendo discípulos en todas las naciones y enseñándoles los caminos de Dios. Esto requiere colaboración y organización. Para describir en forma efectiva el funcionamiento ordenado del pueblo de Dios y el gran cuidado que los miembros deben tener los unos por los otros, el apóstol Pablo usó como analogía el cuerpo humano: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas” (1 Corintios 12:27-28).

Jesucristo es quien dirige el funcionamiento de la Iglesia (Colosenses 1:18). Para hacer hincapié en lo mucho que la Iglesia necesita su guía, Jesús se comparó a sí mismo con una vid: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). La vida y el éxito de los cristianos dependen del poder y la inspiración que reciben de Jesucristo.

Las funciones dentro de la Iglesia son establecidas por él mismo, “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4:11-12). En 1 Corintios 12:4-6 se nos dice que en el Cuerpo de Cristo “hay diversidad de dones,

pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo”.

La guía espiritual en la Iglesia

Entre los dones espirituales que Jesucristo da a los miembros de su Iglesia están los del liderazgo espiritual: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros (Efesios 4:11). A ellos se les ha confiado la responsabilidad de enseñar, nutrir, proteger y edificar a los miembros de la Iglesia. Los requisitos o cualidades espirituales que deben tener las personas a quienes se les ha confiado esta responsabilidad se encuentran claramente enunciados en 1 Timoteo 3:1-10 y Tito 1:5-9.

Estos individuos deben cuidar amorosamente del rebaño de Dios (Juan 21:15-17; 1 Pedro 5:1-4) de manera que todos los miembros de este cuerpo espiritual puedan llegar “a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13).

Con sus palabras y con su ejemplo, deben guiar al pueblo de Dios para que todos colaboren en unidad, amándose, respetándose y ayudándose mutuamente: “Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros” (1 Corintios 12:24-25).

Todos los que son guiados por Cristo se dan cuenta de que en ellos hay un mismo Espíritu: el Espíritu de su Creador, el cual los hace el pueblo de Dios. Ese poder los guía a colaborar en unidad en el cumplimiento de la comisión que Cristo dio a su Iglesia cuando dijo: “Id, y haced discípulos a todas las naciones . . . enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado . . .” (Mateo 28:19-20).

La Iglesia que Jesucristo estableció es ese cuerpo especial de seres humanos que, guiados por el Espíritu de Dios, obedecen sus mandamientos y con gran celo se han propuesto cumplir con la comisión que se les ha encomendado.

Nace un cristianismo falso

“Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre . . . y a muchos engañarán” (Mateo 24:4-5).

Jesús les dijo a sus apóstoles que fueran e hicieran discípulos a todas las naciones, bautizándolos en su nombre. La mayoría de las personas que estudian la Biblia se dan cuenta de que esos apóstoles cumplieron fielmente con tal misión. Aquellos que los escucharon y creyeron el mensaje fueron llamados cristianos por primera vez en la ciudad de Antioquía (Hechos 11:26). Desde entonces, millones de personas se han unido a (o han nacido dentro de) los cientos de sectas conocidas colectivamente como el cristianismo, que es una de las religiones más conocidas y dominantes del mundo.

La gente supone que todos los que profesan ser cristianos, o cuando menos casi todos, siguen las creencias, enseñanzas y costumbres de Jesucristo. Pero la Biblia nos dice que no todos los que aceptan el nombre de Cristo son verdaderos cristianos. Por lo que leemos en Lucas 6:46 podemos ver que es posible profesar el nombre de Jesús, e incluso llamarlo “Señor”, pero aun así negarlo con los hechos.

Jesús y sus apóstoles hablaron de “falsos profetas”, “falsos apóstoles” y “falsos hermanos”. Nos revelaron que existirían dos religiones “cristianas” pero notoriamente opuestas. Una, la Iglesia que edificó Jesucristo, sería guiada por el Espíritu de Dios y se mantendría fiel a las enseñanzas de quien la estableció. La otra, guiada e influida por

otro espíritu, aceptaría el nombre de Cristo pero, desvirtuando sus enseñanzas, crearía una persuasiva falsificación de la Iglesia de Dios.

Ambas usarían el nombre de Cristo y afirmarían tener su autoridad. Ambas dirían seguir las verdaderas enseñanzas de Cristo y efectuarían obras que parecerían buenas y justas. Pero sólo una representaría fielmente a su fundador, Jesucristo. La otra cautivaría las mentes y corazones de millones de personas adjudicando el nombre de Cristo a costumbres y doctrinas que él y sus apóstoles nunca practicaron ni enseñaron.

Los apóstoles continuamente advirtieron a los seguidores de Cristo contra los falsos maestros que introducirían enseñanzas erróneas. Jesús mismo advirtió: “Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre . . . y a muchos engañarán” (Mateo 24:4-5).

El Nuevo Testamento nos presenta un bosquejo histórico de las raíces de estas dos religiones que profesan ser cristianas: una real, la otra falsa. Los apóstoles de Cristo explicaron el origen de las características primordiales de cada una.

Ya hemos examinado la descripción que los apóstoles hicieron de la Iglesia que edificó Jesús. Ahora veamos el registro que nos dejaron de otra religión supuestamente cristiana, una que desvirtuó y corrompió la verdad y vino a ser más poderosa e influyente que la pequeña Iglesia que Jesús prometió que nunca moriría.

Las tradiciones de los hombres

¿De dónde obtienen gran parte de las iglesias sus enseñanzas y costumbres? La mayoría de sus miembros piensan que éstas provienen de la Biblia o de Jesucristo mismo. Pero ¿es así?

Jesús les ordenó a sus discípulos que enseñaran exactamente lo que habían aprendido de él: “enseñándoles que guarden las cosas que os he mandado . . .” (Mateo 28:20). Él condenó la costumbre de reemplazar los mandamientos de Dios con las tradiciones de los hombres. En Marcos 7:8-9 podemos ver lo que tan claramente dijo al respecto: “Dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres . . . Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición”.

Jesús enseñó que su Iglesia guardaría los preceptos de Dios: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mateo 19:17-19).

También advirtió: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: *Nunca os conocí*; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:22-23). Él sabía que se levantarían falsos maestros que rechazarían los mandamientos de Dios para aceptar un evangelio desvirtuado: ¡un evangelio sin ley!

Al igual que Jesús, los apóstoles siempre enseñaron la necesidad de obedecer a Dios. Pedro y los demás apóstoles arriesgaron sus vidas al declarar con denuedo: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29). Pablo también entendía, compartía y enseñaba esa actitud de obediencia total: “[Jesucristo] por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre” (Romanos 1:5).

Más adelante, Pablo escribió a la iglesia en Colosas: “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias” (Colosenses 2:6-7). Siguiendo el ejemplo de Cristo, Pablo advirtió a estos hermanos para que no aceptaran tradiciones humanas como sustitutos de los mandamientos de Dios: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo” (v. 8; comparar con Marcos 7:8-9, 13).

¿Por qué Jesús y los apóstoles advirtieron tan persistentemente en que se evitaran las tradiciones de los hombres?

Subversión dentro de la Iglesia

A medida que los apóstoles se esforzaban por establecer más congregaciones de creyentes entre las naciones, se presentó un fenómeno que finalmente habría de producir otra religión, de apariencia cristiana pero muy diferente de la que establecieron Jesús y sus apóstoles.

Sutilmente se introdujeron doctrinas nuevas y diferentes. Algunos empezaron a subvertir la Iglesia desafiando y contradiciendo las enseñanzas de los apóstoles de Cristo. Pablo advirtió: “Hay aún muchos contumaces, habladores de vanidades y engañadores, mayormente los de la circuncisión, a los cuales es preciso tapar la boca; que trastornan

casas enteras, enseñando por ganancia deshonesto lo que no conviene” (Tito 1:10-11).

Pablo instruyó a este discípulo y colega suyo para que tuviera mucho cuidado en analizar los antecedentes, el conocimiento y el carácter de quienes pensaba establecer en posiciones de responsabilidad: “Es necesario que el obispo sea irreprochable, como administrador de Dios . . . no codicioso de ganancias deshonestas . . . retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen” (vv. 7-9).

Cada vez más los “falsos apóstoles” empezaron a contradecir y a minar las enseñanzas de los verdaderos apóstoles de Cristo. A la iglesia en Roma, Pablo le escribió: “Os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos. Porque vuestra obediencia ha venido a ser notoria a todos, así que me gozo de vosotros; pero quiero que seáis sabios para el bien, e ingenuos para el mal” (Romanos 16:17-19).

Algunos dirigentes religiosos, aparentando ser ministros de Cristo, empezaron a enseñar sus propias doctrinas falsas “en contra de” lo que enseñaban los apóstoles de Cristo y otros de sus fieles siervos. Al principio, provenían principalmente de los judíos; pero luego estos falsos maestros surgieron de otros grupos dentro de la Iglesia. Las doctrinas subversivas que finalmente llegaron a ser las de mayor influencia eran una mezcla de filosofías paganas y judías, junto con el misticismo común de la época.

Uno de esos primeros falsos maestros fue Simón el mago. Después de haber sido bautizado por Felipe, Simón intentó sobornar a Pedro y Juan con la esperanza de obtener el poder de dar a otros el Espíritu Santo. Impulsado por su codicia de poder e influencia, aparentó que se había convertido (Hechos 8:9-23). Algunas fuentes históricas posteriores indican que luego él mezcló varios aspectos del paganismo y del misticismo para crear una filosofía seudocristiana.

Había empezado una tendencia peligrosa. Muy pronto abundaron los “falsos apóstoles”, los “falsos maestros” y los “falsos hermanos”. ¡Había nacido un cristianismo falso!

Un evangelio diferente gana terreno

La Iglesia primitiva sufrió grandemente debido al efecto causado por las falsas enseñanzas. Los cristianos de la provincia romana de Galacia fueron desviados de las enseñanzas del apóstol Pablo por las maniobras astutas y engañosas de tales falsos apóstoles.

Pablo habló de las argucias de esos falsos maestros y el efecto que habían causado en las iglesias de Galacia. Él escribió: “Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de

Cristo” (Gálatas 1:6-7). Los cristianos en esa región estaban siendo atraídos por los promotores de un cristianismo falso. Pablo tuvo que combatir contra ciertas prácticas judías y paganas que estaban siendo introducidas en las congregaciones de Galacia.

Estos astutos individuos no rechazaban abiertamente lo que Pablo enseñaba, sino que simplemente torcían o pervertían algunos aspectos de sus enseñanzas. Luego persuadían a los gálatas para que aceptaran ese nuevo “evangelio”, que era una mezcla fatal de verdad y error. El mensaje de los falsos maestros contenía suficiente verdad como para parecer justa y cristiana, pero también tenía tanto error que quienes la aceptaran no podrían recibir la salvación.

Cambios de opinión entre algunos estudiosos de la Biblia

Desde el tiempo de la Reforma gran parte de la cristiandad ha tenido un concepto paradójico de la ley de Dios. Por un lado, los Diez Mandamientos han sido considerados como la ley moral más grande que el hombre ha conocido. Por otro, a estos preceptos no se les ha dado importancia o han sido calificados como demasiado arbitrarios para tener que guardarlos.

Esta contradicción vino a ser claramente manifiesta en el siglo 16 cuando surgieron diferencias doctrinales entre los principales fundadores de la teología protestante, Martín Lutero y Juan Calvino.

Calvino creía que los cristianos debían guardar los Diez Mandamientos (aunque él mismo se había sometido a la tradición de ob-

servar el primer día de la semana como reposo en lugar del séptimo como se ordena en el Decálogo). Este concepto de Calvino fue muy aceptado en los siglos pasados, pero gradualmente fue desapareciendo durante el siglo 20.

Hoy día la mayoría de las sectas cristianas manifiestan, cuando menos en sus costumbres, la perspectiva que Martín Lutero tenía acerca de los mandamientos de Dios. Lutero supuso, erróneamente, que el apóstol Pablo había rechazado la autoridad del Antiguo Testamento así como él había rechazado la autoridad de la jerarquía católica de su tiempo. Pero él no entendía correctamente las enseñanzas de Pablo.

En Efesios 2:8 Lutero leyó que Pablo había enseñado que la salva-

ción se recibe por gracia por medio de la fe. Pero él interpretó mal esta enseñanza, y ahí es donde se originó el craso error que más tarde habría de dar forma a los conceptos de cientos de millones de personas en todo el mundo.

Lutero enseñó que la salvación se recibe *solamente* por la fe. Con esto quiso decir que los cristianos no tenían que obedecer las leyes del Antiguo Testamento, incluso los Diez Mandamientos. Enseñó que para obtener la salvación sólo se tenía que creer en Cristo; que la fe *por sí sola* era todo lo que se necesitaba. Como resultado, Lutero contrapuso el Antiguo Testamento al Nuevo.

James D.G. Dunn, profesor de teología en la Universidad de Durham, Inglaterra, explica que la primera suposición equivocada de Lutero fue que la situación personal de Pablo con el judaísmo era idén-

tica a su propia situación con el catolicismo. Lutero supuso, erróneamente, que Pablo estaba conturbado por su relación personal con la ley de Dios.

Luego Dunn explica: “El problema con todo esto es que cuando Pablo habla explícitamente de su propia experiencia antes de que fuera cristiano, no menciona nada de eso . . . En Filipenses 3:6 simplemente dice que antes de su conversión él se consideraba ‘en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprehensible’. En otras palabras, no existe indicación o insinuación de que [Pablo] haya experimentado un período de ansiedad y culpabilidad como la que sufrió Lutero”.

Más adelante, el mismo profesor dice que la segunda suposición equivocada de Lutero “fue que el judaísmo en el tiempo de Pablo era igual que el catolicismo medieval

(Continúa a la vuelta)

Observemos cuán clara y fuertemente condenó Pablo ese evangelio diferente: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (vv. 8-9).

Un evangelio sin ley

Jesús les advirtió a sus discípulos que esas cosas sucederían: “Muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará” (Mateo 24:11-12). El vocablo griego que se tradujo aquí como “maldad” es

anomía. “Anomía no es meramente infracción de la ley, sino su rechazo flagrante en rebeldía; actuar y vivir al margen de ella . . .” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1984, 2:353). En otras palabras, lo que Jesús dijo es que la iniquidad, o ausencia de la ley de Dios (elemento clave en el mensaje de los falsos maestros) haría que los conceptos falsos fueran más atractivos y aceptados. El desacato a la ley de Dios sería finalmente la base de un seudocristianismo popular y de gran éxito.

Los falsos profetas formularon su mensaje y sus doctrinas reconociendo de palabra a Jesús como “Señor”, pero negándose a obedecerlo (Lucas 6:46). En Mateo 7:15, Jesús nos advierte acerca de esta táctica

(Viene de la página anterior)

de la época de Lutero, cuando menos en lo que se refería a la enseñanza acerca de la justicia de Dios y la justificación. La segunda suposición se desprendía lógicamente de la primera. Si Pablo hizo el mismo descubrimiento de la fe que había hecho Lutero, entonces él también tuvo que haber estado reaccionando en contra del mismo malentendido como Lutero” (*The Justice of God* [“La justicia de Dios”], 1994, pp. 13-14).

Como resultado de estas suposiciones equivocadas, Lutero llegó a la conclusión de que con la muerte de Cristo habían sido abolidas las leyes de Dios del Antiguo Testamento. Equivocadamente dedujo que Pablo había enseñado esto mismo.

Pero no fue eso lo que Pablo creyó ni enseñó. En los últimos 30 años, muchos cristianos y judíos es-

tudiosos de la Biblia han demostrado categóricamente la obediencia de Pablo a las enseñanzas del Antiguo Testamento.

En seguida citamos los comentarios que han hecho algunos estudiosos de la Biblia sobre este asunto. Las citas aparecen en el libro titulado *Removing Anti-Judaism from the Pulpit* (“Eliminemos del púlpito la actitud antijudaica”), libro editado en 1996 bajo la dirección de Howard Kee e Irvin Borowsky.

John T. Pawlikowski, profesor de la Unión Católica Teológica de Ética Social, de Chicago, dice: “La supuesta oposición total a la Torá [las enseñanzas del Antiguo Testamento], la cual algunos teólogos, especialmente en las iglesias protestantes, usaban frecuentemente como la base de su contraste teológico entre el cristianismo y el judaísmo (libertad y gracia contra la ley), ahora parece apoyarse sobre algo

menos que tierra firme” (p. 32). También: “Ahora resulta cada vez más aparente a los eruditos bíblicos que la falta de un profundo examen del espíritu y contenido de las Escrituras hebreas deja al cristiano actual con una versión truncada del mensaje de Jesús. De hecho, lo que queda es una versión mutilada de la espiritualidad bíblica” (p. 31).

Robert J. Daly, profesor de teología y sacerdote jesuita, nos dice: “Expresado francamente, desde el punto de vista cristiano, ser antijudío es ser anticristiano” (p. 52).

Frederick Holmgren, profesor del Antiguo Testamento, explica la importancia de los descubrimientos de estos eruditos: “A pesar de las confrontaciones que tuvo Jesús con algunos de los intérpretes [de la ley] en su tiempo, eruditos tanto cristianos como judíos lo ven como alguien que honró y obedeció la ley”. Este profesor explica también

que “Jesús abrazó la Torá de Moisés; no vino a abrogarla sino a cumplirla (Mt. 5:17): a perpetuar sus enseñanzas. Además, a quienes acudían a él en busca de la vida eterna, él la puso como la enseñanza básica que debía ser observada (Lucas 10:25-28)” (p. 72).

Estos y otros estudiosos de la Biblia están cambiando su opinión acerca del lugar que ocupan las leyes de Dios en el Nuevo Testamento. Uno no puede menos que esperar que muchos otros sean inspirados por este ejemplo a fin de que abandonen sus prejuicios en contra de la necesidad de obedecer los Diez Mandamientos. No obstante, lo más probable es que la gran mayoría no creerá ni adoptará este punto de vista, ya que “los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7). □

astuta y engañadora: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces”.

Jesús dejó muy claro que los que enseñan que la ley de Dios ha sido abrogada, quienes aparentan ser mansas ovejas que desempeñan obras religiosas de piedad, no son apóstoles o siervos suyos: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos *en tu nombre*, y *en tu nombre* echamos fuera demonios, y *en tu nombre* hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: *Nunca os conocí*; apartaos de mí, hacedores de maldad [*anomía*]” (vv. 21-23).

El campo de batalla: La ley de Dios

La controversia sobre la ley de Dios empezó a surgir en la Iglesia cuando se convirtieron los primeros “gentiles”, es decir, los que no eran ni judíos ni adeptos del judaísmo. Algunos creyentes judíos querían obligar a esas personas a circuncidarse y a seguir otras prácticas físicas. Insistían en que los gentiles conversos tenían que ser circuncidados para poder recibir la salvación (Hechos 15:1).

Desde luego, los apóstoles rechazaron semejante concepto e hicieron notar que aun Moisés había enseñado que lo que le interesaba a Dios era la circuncisión del corazón (Deuteronomio 30:6; ver también Romanos 2:29 y Colosenses 2:11-12). Asimismo, Dios consideró que Abraham era un hombre justo aun antes de que se hubiera circuncidado (Romanos 4:9, 12). Basándose en estos antecedentes, ellos probaron que, de hecho, la circuncisión física no era un requisito para la salvación (Hechos 15:2, 5-10). Para confirmar más aún el asunto, Pedro les hizo notar que Dios ya les había dado su Espíritu a varios gentiles sin que hubieran sido circuncidados, lo cual demostraba cuál era la voluntad de Dios en este asunto (v. 8; 11:1-4, 15-18).

Estos mismos judíos también exigían que los gentiles observaran las ceremonias y ritos que se efectuaban en el templo y que prefiguraban el sacrificio de Cristo. Por su parte, los apóstoles insistían en que el sacrificio de Cristo era lo que hacía posible el perdón de los pecados por medio de la gracia de Dios (Hebreos 7:26-27).

Los ritos y sacrificios que se efectuaban en el tabernáculo, y posteriormente en el templo, eran sólo un requisito temporal hasta el sacrificio

del verdadero “Cordero de Dios” (Juan 1:29). Los apóstoles enseñaron que ya no era necesario ofrecer tales sacrificios (Hechos 15:11; Hebreos 9:1-15) porque eran parte de un culto que consistía “sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas” (Hebreos 9:10).

Pero los apóstoles nunca consideraron que las leyes espirituales de Dios, resumidas en los Diez Mandamientos, estuvieran en la categoría de “ordenanzas acerca de la carne”. Ellos siempre enseñaron la necesidad de obedecer los mandamientos de Dios. Pablo lo dijo muy claramente en 1 Corintios 7:19: “La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el *guardar los mandamientos de Dios*”. Además, en otra de sus epístolas dijo: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que *confirmamos la ley*” (Romanos 3:31).

Un concepto erróneo sobre la gracia de Dios

Tal como lo había profetizado Jesús, individuos sin escrúpulos torcían las enseñanzas de Pablo y de los otros apóstoles tergiversando su significado (2 Pedro 3:15-16). Al desvirtuar las enseñanzas de los apóstoles, primero acerca de la gracia y luego acerca de las “ordenanzas acerca de la carne” que ya no eran necesarias, encontraron una manera de disculpar su comportamiento inicuo: “Algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo” (Judas 4).

Según ellos, la gracia era un pretexto para pecar —quebrantar la ley de Dios— y desechaban las enseñanzas bíblicas que no les agradaban. Para justificar su renuencia a obedecer a Dios, torcían las afirmaciones de Pablo de que no podemos ganarnos la salvación por medio de nuestras “obras”.

Otro apóstol señaló el problema real de estos individuos: “Siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores, mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor [ver Judas 8-9] . . . Han dejado el camino recto, y se han extraviado . . . Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias

de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció” (2 Pedro 2:10-19).

Una situación aún más perversa se estaba manifestando en las congregaciones dispersas del pueblo de Dios. Ahora algunos falsos maestros, en lugar de intentar imponer más leyes a los gentiles, estaban abusando de la misericordia de Dios —la gracia de Dios— al promover el concepto de que los cristianos habían sido liberados de la ley y no tenían necesidad de obedecerla ya. Sin embargo, Dios dice que la infracción de su ley es pecado (1 Juan 3:4).

Estos maestros hablaban de la ley de Dios como si fuera una carga innecesaria. Pero en 1 Juan 5:3, el apóstol claramente nos dice: “Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos”.

Contrariamente al concepto de haber sido liberado de la ley, otro apóstol se refiere a los mandamientos de Dios como “la ley real” y “la ley de la libertad” (Santiago 2:8-12). Dios creó su ley para librarnos de las consecuencias de actos funestos como el adulterio, el asesinato, el robo, el fraude y la codicia.

Es el *pecado* lo que esclaviza, no la ley de Dios (Romanos 6:16; Juan 8:34). Somos liberados de la esclavitud del pecado al obedecer a Dios (Romanos 6:17-18). En la misma epístola Pablo afirma claramente que la obediencia y la justicia son inseparables: “Porque no son los *oidores* de la ley los justos ante Dios, sino los *hacedores* de la ley serán justificados” (Romanos 2:13).

El archiengañador Satanás

Los maestros que propagaban estos conceptos inicuos estaban influenciados por Satanás. Pablo dijo: “Éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras” (2 Corintios 11:13-15)

Satanás odia la ley de Dios, y es el engañador supremo. Obviamente, siempre ha querido infiltrarse en la Iglesia que Cristo estableció y no escatima esfuerzos para hacerlo.

Con tal de lograr su propósito, Satanás se vale de unas personas para desviar a otras. Para él, resulta muy fácil influir en personas que, impulsadas por ambiciones personales, desean enseñar a otros. Esto es particularmente cierto cuando no tienen un entendimiento correcto de las Escrituras. Satanás sencillamente se aprovecha de su deseo de ser maestros espirituales y las lleva a alabar de palabra a Cristo en tanto que crean sus propias doctrinas y pasan por alto o desobedecen algunas de las leyes de Dios.

El apóstol Pablo, viajando con uno de sus discípulos, le rogó que se quedara en Éfeso para que prohibiera a algunos que enseñaran “diferente doctrina” (1 Timoteo 1:3). Luego dijo: “El propósito de este mandamiento es el amor nacido de un corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida, de las cuales cosas desviándose algunos, se apartaron a vana palabrería, queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman” (vv. 5-7).

Algunos dirigentes religiosos con toda sinceridad aceptan doctrinas que les permiten quebrantar algunos de los mandamientos de Dios. Luego convencen a otros para que crean como ellos. Lamentablemente, debido a la influencia de Satanás, estos individuos están convencidos de que sus conceptos equivocados son correctos, que Dios se agrada de ellos. Creen en las falsas doctrinas que enseñan. Tales individuos podrán ser muy sinceros, pero están sinceramente equivocados.

El apóstol Pablo nos advierte acerca de un futuro maestro quien promoverá doctrinas contrarias a las leyes de Dios, “inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira” (2 Tesalonicenses 2:9-11). Es probable que ninguno de estos maestros equivocados se dé cuenta de que lo que en realidad está haciendo es seguirle la corriente a Satanás.

No obstante, al crear un seudocristianismo —uno que no es completamente diferente del cristianismo auténtico pero que rechaza algunas de las enseñanzas bíblicas elementales que llevan a la vida eterna— Satanás ha estado tratando de frustrar el plan divino de salvación. Recordemos las palabras de Jesús: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mateo 19:17). Eso es exactamente lo que el enemigo

quiere evitar: ¡que recibamos la vida eterna! Por eso él fomenta un cristianismo que enseña que nosotros podemos decidir qué mandamientos de Dios queremos acatar y cuáles preferimos pasar por alto.

La iniquidad en sus diferentes grados y formas representa el meollo de las doctrinas falsas de Satanás. Su propósito es convencer a los hombres de que están sirviendo a Cristo al tiempo que los desvía del camino que lleva a la salvación. Procura cegar su entendimiento acerca de lo que es el pecado a fin de que continúen practicando alguna forma de iniquidad.

Para lograr su propósito, Satanás se aprovecha de la naturaleza humana. Fascina a la gente para que crea sus engaños (1 Juan 5:19; Apocalipsis 12:9). El diablo mantiene cierta medida de verdad en sus doctrinas para poder convencer a las personas de que están siguiendo a Cristo, pero mezcla el suficiente error para desviarlas del camino de vida que finalmente habría de llevarlas a la vida eterna.

La naturaleza humana es hostil a Dios

Existe una razón por la que Satanás ha tenido tanto éxito en engañar a la humanidad. El apóstol Pablo nos dice que la mente carnal, la mente que no es guiada por el Espíritu de Dios, no es capaz de comprender el verdadero propósito y la finalidad de las leyes de Dios: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y *no las puede entender*, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

La mayoría de las personas no son manifiestamente hostiles hacia muchas de las leyes de Dios. En general reconocen que cosas como el asesinato y el robo son actos de maldad. No obstante, sí son hostiles, quizá sin darse cuenta de su hostilidad natural, hacia leyes que son contrarias a su manera personal de pensar. En ese sentido, la iniquidad atrae a la gente.

En su carta a la iglesia en Roma, el apóstol Pablo explica la razón por la que la desobediencia puede resultar tan tentadora a nuestros instintos perversos: “Los designios de la carne son *enemistad* contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, *ni tampoco pueden*” (Romanos 8:7). En otras palabras, la mente carnal no sólo carece de discernimiento espiritual, sino que también le molesta la autoridad de Dios expresada en sus leyes.

A esta tendencia hacia el pecado la llamamos *naturaleza humana*, la cual es una mezcla de la debilidad humana y las actitudes adquiridas como resultado de la influencia de Satanás. Aprovechándose de la naturaleza humana, Satanás se vale de sus falsas enseñanzas para convencer a las personas de que han sido “liberadas” de las leyes de Dios y así justificar su tendencia a ser hostiles a dichas leyes. Por tanto, quienes han sido desviados por estos engaños, en lugar de alejarse de la iniquidad (es decir, arrepentirse) continúan viviendo en el pecado. Al creer que Dios permite sus actos de desobediencia, no se dan cuenta, cuando menos en algunos aspectos de su conducta o creencias, de la gravedad de sus pecados.

Pero el apóstol Santiago nos dice muy claramente que esta actitud hacia la ley real de Dios es totalmente errónea, “porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Santiago 2:10). En los versículos 8, 9 y 11 podemos ver que el apóstol se está refiriendo a los Diez Mandamientos. La ley básica de Dios se compone de 10 preceptos, y él nos exige que cumplamos con cada uno de ellos: literal y espiritualmente.

Se inicia un alejamiento de la verdad

Cristo elogió a la iglesia en Éfeso por rechazar a los falsos apóstoles que trataban de aprovecharse de su naturaleza humana: “Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos” (Apocalipsis 2:2).

Pero no todos siguieron el ejemplo de los efesios. Muchos aceptaron las enseñanzas de esos falsos apóstoles y se volvieron a su vida de pecado. Por eso Pedro escribió: “Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno” (2 Pedro 2:20-22).

Dejando a un lado las enseñanzas de los verdaderos apóstoles de Cristo, la gente empezó a aceptar las filosofías de los falsos maestros.

Mas Pedro ya había advertido que esto ocurriría: “. . . habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado” (vv. 1-2).

Pedro había previsto que no simplemente unos pocos sino *muchos* de entre la comunidad cristiana se apartarían de la verdad para seguir las doctrinas que resultaban más atractivas a la mente carnal. Después, otro de los apóstoles confirmó esto: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (1 Juan 2:19).

Tendencias que afectaron el futuro de la Iglesia

En los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis podemos ver que Jesucristo envió un mensaje diferente a cada una de las siete iglesias que había en la provincia romana de Asia (Asia Menor, actualmente parte de Turquía).

El número *siete* simboliza totalidad, y así como siete días hacen una semana completa, los siete mensajes del Apocalipsis nos presentan un cuadro completo de las tendencias que ya habían empezado y que continuarían a lo largo de la historia de la Iglesia, tendencias que la afectarían profundamente. Los siete mensajes nos dan varias indicaciones de por qué se produjeron las profundas divisiones entre los cristianos y por qué esta separa-

ción continuó atormentando a las generaciones subsecuentes.

En Apocalipsis 1 las siete congregaciones están representadas por siete candeleros. Juntas representan la Iglesia y su misión de ser la luz del mundo (Mateo 5:14).

Jesús se encuentra en medio de las siete congregaciones como la fuente de su luz. Él siempre está presente y accesible, y siempre cumplirá su promesa de estar con su Iglesia hasta el fin del mundo (Mateo 28:20). Pero, como resulta obvio por los mensajes a las siete congregaciones, no todos los que vienen a formar parte de la Iglesia permanecerán *fieles a Cristo*.

Los siete mensajes muestran exactamente las condiciones que

En la isla de Chipre, Bernabé y Saulo (cuando éste aún no era llamado Pablo) confrontaron a un falso profeta que estaba decidido a apartar de la verdad a cuantos pudiera: “Habiendo atravesado toda la isla hasta Pafos, hallaron a cierto mago, falso profeta, judío, llamado Barjesús, que estaba con el procónsul Sergio Paulo, varón prudente. Éste, llamando a Bernabé y a Saulo, deseaba oír la palabra de Dios. Pero les resistía Elimas, el mago (pues así se traduce su nombre), procurando apartar de la fe al procónsul” (Hechos 13:6-8).

En otras ocasiones el problema estaba con los “falsos hermanos” (Gálatas 2:4). Pablo, en cierta ocasión, habló de algunos de los peligros que había tenido que afrontar: “En caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de

existían en la Iglesia durante el primer siglo. Pero estas condiciones también son proféticas, porque revelan algunas de las causas de las divisiones posteriores.

Cada una de las siete congregaciones recibe la misma advertencia: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Apocalipsis 2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22). Por cuanto podrían presentarse condiciones semejantes en cualquiera de las iglesias, el mensaje a cada una de ellas es también una advertencia para las otras seis.

En cada mensaje Cristo menciona ejemplos de obediencia y desobediencia entre sus seguidores, y muestra a quiénes bendecirá y a quiénes rechazará. Prodigia elogios donde son merecidos y reprende por las faltas que amenazan la relación con él, mandando a los que se han desviado que se arrepientan.

Cuando se escribieron los mensajes, la Iglesia estaba pasando por algunas pruebas y sufriendo persecución y encarcelamiento. Antipas, residente de Pérgamo, ya había sido muerto. Cristo anima a las congregaciones para que no se amedrenten, que no se den por vencidas, que no descuiden sus creencias y, si es necesario, que estén dispuestas a morir por él. Les recuerda que deben tener siempre presente la esperanza del tiempo en que el Reino de Dios será establecido, cuando los que permanezcan fieles hasta el fin le ayudarán a gobernar el mundo con justicia y equidad.

Jesús elogia a los cristianos fieles por su servicio, trabajo, paciencia, perseverancia, aguante y fe. Sin embargo, sus reproches y algunos de sus otros elogios son reveladores. Muestran que la amenaza

(Continúa a la vuelta)

los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos” (2 Corintios 11:26).

Estos seudocristianos no sólo habían venido a ser una verdadera amenaza para la seguridad y eficiencia de Pablo, sino que también habían llegado a ser una gran parte de la comunidad cristiana. Algunos quizá ya se habían apartado del pueblo especial de Dios, pero continuaban llamándose cristianos ellos mismos. Otros se hicieron miembros de nuevos grupos supuestamente liberados que conservaron el nombre de cristianos. Otros probablemente continuaron en el compañerismo con los verdaderos creyentes, y con el tiempo pervirtieron algunas congregaciones con sus herejías. Había empezado a afirmarse un falso cristianismo.

(Viene de la página anterior)

dentro de la Iglesia era, y siempre será, motivo de preocupación.

Muchos de los miembros de estas congregaciones habían permanecido fieles a pesar de los muchos peligros y dificultades, pero otros habían perdido su primer amor. Algunos eran tibios y ciegos espiritualmente; necesitaban colirio para sus ojos de manera que pudieran ver cómo su condición espiritual iba de mal en peor. Cristo les advierte: “Yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras” (Apocalipsis 2:23).

Además del problema del debilitamiento espiritual de los miembros, algunos falsos profetas se habían infiltrado en las congregaciones. Se estaban manifestando errores doctrinales; entre ellos se mencionan la doctrina de Balaam,

las enseñanzas de los nicolaítas y la influencia seductora de Jezabel. A la iglesia en Tiatira, Jesús le dice: “Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos” (v. 20).

También se estaba agravando la discordia dentro de la Iglesia, lo que constituía la verdadera amenaza. En estas congregaciones estaban reuniéndose dos tipos de personas: los cristianos fieles que no podían “soportar a los malos” y que no habían conocido “las profundidades de Satanás” (vv. 2, 24); y los que, como claramente se implica, estaban “soportando a los malos”, entre quienes había algunos que estaban empezando a sondear “las profundidades de Satanás”.

Los verdaderos cristianos son expulsados

A medida que los falsos maestros fueron ganándose más adeptos, éstos llegaron a ser la mayoría en algunas congregaciones. En 3 Juan 9-10 el apóstol nos hace saber de uno de los infaustos resultados de esta situación: “Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace parlotando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia”.

Por increíble que parezca, aquellos que eran fieles a las enseñanzas de los apóstoles eran expulsados de esa congregación. Obviamente,

Podemos ver que al final de la era apostólica, Satanás había logrado infiltrarse en varias de las congregaciones que los apóstoles habían formado. Él se vale de falsos profetas que introducen sus actitudes y enseñanzas para apartar a la gente de la fe de Cristo.

Pero a pesar de los esfuerzos del diablo, algunos de los hermanos permanecieron fieles y se mantuvieron firmes en las enseñanzas de los apóstoles. El elogio de Cristo para ellos fue: “Has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos” (v. 2).

Otros, que habían perdido interés, fueron engañados por las herejías de Satanás, el ser maligno que engaña al mundo entero (Apocalipsis 12:9). Casi toda una congregación ya había muerto espiritualmente, y sólo contaba con unos pocos miembros que no habían

sido completamente engañados. Satanás había tenido éxito en desviar a gran parte de los cristianos.

Por estos mensajes de Jesucristo a su Iglesia podemos ver que desde la época de los apóstoles se manifestaron dos tipos de cristianos. Unos eran fieles; los otros eran gente que, por muchas razones, se estaban alejando cada vez más de la verdadera fe de Jesucristo.

Finalmente, muchos se apartaron de la verdad de Dios. “Salieron de nosotros —dijo uno de los apóstoles—, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (1 Juan 2:19).

Desde el tiempo de los apóstoles se formaron dos tipos distintos de cristianismo: uno fiel a Cristo, el otro engañado por Satanás. □

eran la minoría. La mayoría había decidido seguir a Diótrefes quien, en su codicia de poder e influencia, acusaba falsamente al apóstol Juan. Satanás había logrado poner a uno de sus siervos como pastor de esa congregación, y había hecho que expulsara a los fieles siervos de Jesucristo.

Recordemos que Jesús ya había advertido a sus fieles seguidores que eso sucedería: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y *pocos* son los que la hallan. Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mateo 7:13-15).

También dijo: “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues *en vano me honran*, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque *dejando el mandamiento de Dios*, os aferráis a la tradición de los hombres . . . Bien *invalidáis* el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición” (Marcos 7:6-9).

Ahora podemos entender por qué Pablo en su carta a los cristianos de Roma les dijo lo que debían hacer con aquellos que estuvieran creando dificultades en la congregación: “Os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos” (Romanos 16:17).

El falso cristianismo se impone

Para fines del tercer siglo los verdaderos siervos de Dios habían llegado a ser sólo una pequeña minoría entre aquellos que se hacían llamar cristianos. El cristianismo falso representaba ahora la mayoría.

Los falsos maestros habían logrado obtener muchos más seguidores que los fieles ministros de Dios. No obstante, la historia nos muestra que en lo que se refería a creencias y prácticas, en esas sectas no había un criterio unificado.

Sin embargo, aunque dividida e inconversa, esta nueva forma de cristianismo tuvo un rápido crecimiento y vino a ser la más conocida. Pretendiendo ofrecerle a la gente la salvación, retuvo parte de la verdad; y como no reconoció ni enseñó la necesidad del verdadero arrepentimiento, le pareció atractiva a la gente.

A pesar de sus errores, parecía ofrecer una esperanza no igualada por ninguna de las religiones paganas de ese tiempo, pues ninguna de ellas ofrecía una forma creíble para que la gente recibiera el perdón de sus pecados y obtuviera la vida eterna. Al parecer, esta nueva religión ofrecía exactamente eso, pero sus seguidores no se daban cuenta de que, sin el verdadero arrepentimiento, tales promesas eran vanas.

A fines del tercer siglo este falso cristianismo era una religión amargamente dividida por sus constantes reyertas. Pero a principios del cuarto siglo sucedieron dos cosas que cambiaron bruscamente el curso de la historia cristiana. Primero, el emperador romano Diocleciano intensificó la política de algunos de sus antecesores de perseguir a los cristianos y de mandar quemar todos sus manuscritos. Esto infundió temor en toda la comunidad cristiana.

Unos años más tarde, después de derrotar a un poderoso contrincante, Constantino pudo ocupar el lugar de Diocleciano, quien abdicó como emperador en el año 305. Pero la posición política del nuevo emperador no era muy estable debido a que aún tenía muchos enemigos. En todo el imperio los cristianos eran los únicos que no tenían ninguna afiliación política, situación que Constantino tuvo la perspicacia de aprovechar para reforzar su posición como emperador con este movimiento religioso ajeno a la política y previamente perseguido.

Por principio de cuentas, Constantino dio validez legal al cristianismo. Luego, sólo dos años más tarde, convocó a todos los diferentes grupos que profesaban ser cristianos para que formularan un sistema de creencias que los unificara. Quería tener un gran cuerpo religioso unido que le fuera políticamente fiel.

Para lograr esto, Constantino presidió las deliberaciones doctrinales y, cuando había desacuerdos que no podían resolverse amistosamente, él decidía, o dictaba, lo que debía aceptarse. De manera astuta, muy pronto logró controlar a todos esos grupos de falsos cristianos penderos que estaban dispuestos a aceptar el control del Estado, y los transformó en un grupo fuertemente unido al servicio del Imperio Romano.

Wilson Walker, quien fue profesor de historia eclesiástica en la Universidad de Yale, nos dice que en el año 323 “Constantino por fin era el único gobernante del mundo romano. La iglesia estaba libre de persecución en todas partes . . . Pero, al ser liberada de sus enemigos, había venido a quedar en gran medida bajo el dominio de quien ocupara el trono

imperial de Roma. Se había iniciado una nefasta unión con el Estado” (*A History of the Christian Church* [“Historia de la Iglesia Cristiana”], 1946, p. 111).

La fusión de diversos sistemas rituales

A medida que esta nueva religión, apoyada ahora por los emperadores romanos, crecía en poder e influencia, procuró llegar a ser realmente una iglesia mundial. En su afán de ganar más seguidores, aceptó en su medio muchos nuevos conversos, así como muchas nuevas costumbres.

Charles Guignebert, profesor de historia cristiana en la Universidad de París, explica lo que sucedió: “Al principio del quinto siglo, los ignorantes y los semicristianos llegaban en tropel a la iglesia . . . Ellos no habían olvidado ninguna de sus costumbres paganas . . . Los obispos de ese tiempo tenían que contentarse con enmendar, lo mejor que podían, y de modo experimental, las espantosas malformaciones de la fe cristiana que percibían a su alrededor . . .

”[De instruir apropiadamente a los conversos] ni se hablaba; los obispos tenían que contentarse con enseñarles no más que el símbolo del bautismo y luego bautizarlos en masa, aplazando hasta más tarde la tarea de desarraigar sus supersticiones, las cuales preservaban intactas . . . Este ‘más tarde’ nunca llegó, y la iglesia incorporó, tan bien como pudo, a estos nuevos conversos junto con sus costumbres y creencias. Por su parte, a ellos les parecía bien disfrazar su paganismo bajo la capa cristiana” (*The Early History of Christianity* [“Historia antigua del cristianismo”], 1927, pp. 208-210).

¿Cuál fue el resultado? Esta cristiandad dominada por el Estado vino a ser una mezcla estrafalaria de creencias, prácticas y costumbres que provenían de muchas fuentes. Como lo explica Guignebert: “A veces es muy difícil saber exactamente de qué rito pagano se deriva determinado rito cristiano, pero permanece cierto que el espíritu del ritualismo pagano quedó impreso en la cristiandad a tal grado que al final se hallaba totalmente repartido en todas sus ceremonias” (*ibídem*, p. 121).

En aquellos primeros siglos creció en tamaño y en popularidad el falso cristianismo que los apóstoles de Cristo combatieron tan fuertemente. Siglos después, esta religión estaría dividiéndose continuamente en sectas competitivas. No obstante, ninguna de éstas se volvió

completamente a las costumbres y enseñanzas originales de Jesucristo y los apóstoles. Muchos eruditos bíblicos actuales reconocen este hecho (ver el recuadro “Cambios de opinión entre algunos estudiosos de la Biblia”, p. 42).

Mientras tanto, aquellos que a lo largo de todos estos siglos han vivido fielmente sometidos en sincera obediencia a las leyes de su Creador siguen siendo, comparativamente, sólo una “manada pequeña” (Lucas 12:32) en un mundo en el cual predomina la confusión religiosa.

La Iglesia de Dios en la actualidad

“Por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:20-21).

Jesús le prometió a su Iglesia que “las puertas del Hades”, el sepulcro, no prevalecerían contra ella. La Iglesia de Dios nunca moriría; sobreviviría a todos los intentos que se hicieran para destruirla.

¿Cómo puede usted encontrar esa Iglesia verdadera, la que Jesús edificó? ¿Cómo puede usted identificar al pueblo especial de Dios en medio de la gran variedad de sectas religiosas que se conocen como el cristianismo? ¿Qué es lo que distingue a esta gente especial de aquellos a quienes Jesucristo dijo: “Nunca os conocí” (Mateo 7:23)?

Para contestar estas preguntas necesitamos entender una lección muy importante que Jesús enseñó en una de sus parábolas.

La lección de un recaudador de impuestos

Para poder reconocer qué es lo que distingue a los verdaderos siervos de Dios de aquellos que miden su fe por sus propios conceptos o tradiciones, debemos mirar más allá de las apariencias. En su parábola acerca del fariseo y el publicano (recaudador de impuestos), Jesús nos muestra cómo discernir las cosas que a Dios le agradan, las cuales son muy distintas de las que suelen impresionar a la gente (Lucas 18:9-14).

En esta parábola el ejemplo del fariseo es impresionante. Él parecía ser un modelo de piedad, alguien que todo lo hacía bien. Pagaba diezmos fielmente y despreciaba la injusticia y la inmoralidad; ayunaba y oraba en forma regular y frecuente. Además, el agradecerle a Dios su propia justicia implicaba que el fariseo estaba convencido de que su comportamiento religioso le era grato a Dios. Se consideraba a sí mismo como un hombre justo, y de seguro también impresionaba a otros con su aparente justicia.

En cambio, el recaudador de impuestos se veía a sí mismo de manera muy diferente, y su reputación era muy distinta. Cualquiera hubiera sospechado que él era corrupto, dado a la codicia y a los sobornos. Difícilmente alguien hubiera confiado en él; la mayoría de la gente hubiera huido de él como de la peste.

No obstante, en esta parábola ¿quién era el que realmente le agradaba a Dios? El recaudador de impuestos estaba sinceramente arrepentido y reconocía cuán insignificante era ante Dios. Veía su pasado tal cual había sido. No trataba de ocultar sus pecados, sino que pedía humildemente ser perdonado. En su vida estaba ocurriendo una transformación espiritual. En cierta forma, mostraba una actitud semejante a la de Jesús, quien dijo: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42).

Pero el fariseo, creyendo confiadamente que era un verdadero siervo de Dios, permanecía ciego a su propia condición espiritual. Creía que tenía una buena relación con Dios y estaba convencido de que lo estaba complaciendo. Pero no comprendía lo que era el arrepentimiento y la justicia verdaderos. Se contaba entre aquellos “que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros” (Lucas 18:9).

Si a usted le hubieran pedido que decidiera entre el fariseo y el recaudador de impuestos quién era el que en verdad le agradaba a Dios, ¿podría haberlo discernido correctamente? ¿O se habría usted dejado impresionar por la aparente justicia del fariseo debido a que parecía ser un ejemplo sobresaliente de la espiritualidad, miembro de uno de los grupos religiosos más prestigiosos de ese tiempo?

Debemos estar conscientes de que Dios ve a la gente de una manera muy diferente de como nosotros la vemos. Nosotros podemos ver el exterior, pero Dios ve dentro de las personas: “El Eterno no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Eterno mira el corazón” (1 Samuel 16:7).

Cómo fue engañado Pablo

El apóstol Pablo es un ejemplo clásico de alguien que aprendió lecciones muy valiosas por medio de las cosas que experimentó. Había sido fariseo, miembro de una de las sectas judías más estrictas de su tiempo. Era sincero en sus creencias y costumbres. Él mismo resumió su celo y adhesión a los preceptos que había aprendido como fariseo: “Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable” (Filipenses 3:4-6).

Pablo explicó la razón por la que había tenido esa ceguera espiritual: “Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Romanos 10:1-3).

Este es un problema muy generalizado. Pablo persiguió a la Iglesia de Dios por razón de su ceguera espiritual y su propio concepto de la justicia. Más adelante, reconociendo su error, dijo: “Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad” (1 Timoteo 1:12-13).

Pablo era un fariseo sincero, pero estaba *sinceramente equivocado*. Después de que Dios le abrió el entendimiento, pudo ver claramente cuán equivocado estaba.

La condición del cristianismo

Muchos de los que siguen la corriente del cristianismo tradicional se parecen mucho a Pablo antes de que Dios lo guiara al arrepentimiento. Son sinceros pero no entienden lo que es la verdadera justicia de Dios. Y como el fariseo de la parábola de Jesús, no se les ocurre que puedan estar equivocados. Habiendo sido engañados por un evangelio falso, no obedecen la ley de Dios, pero están sinceramente convencidos de que siguen a Cristo.

Al igual que el apóstol Pablo antes de que lo llamara Dios, no reconocen el pecado que hay en ellos mismos. Debido a su falta de entendimiento, ni siquiera saben lo que es el pecado realmente. Si se les pide la definición bíblica del pecado, la mayoría no tiene idea de cómo ni dónde define Dios el pecado en la Biblia.

Lo mismo que hicieron sus predecesores, ellos también siguen los mandamientos o tradiciones de hombres en lugar de los mandamientos de Dios. Han sido cegados por la influencia de Satanás, la cual ha penetrado en todos los aspectos de nuestra sociedad.

Muchos son sinceros. Han aprendido algo sobre el propósito de la vida, muerte y resurrección de Cristo, por lo que pueden entender hasta cierto punto el plan de salvación para la humanidad. Muchos leen la Biblia y sinceramente quieren agradar a Dios. Pero, tristemente, lo mismo que Pablo antes de que Dios lo llamara, permanecen ciegos al significado real de lo que son el pecado, el arrepentimiento y la conversión.

¿Es acaso en vano el conocimiento y respeto que ellos tienen por la Biblia? En ninguna manera. Cuando Dios les abra los ojos a la verdad y voluntariamente reconozcan sus errores, entonces comprenderán lo que es el pecado y se arrepentirán.

La ventaja de conocer la Biblia

Cuando empezó la Iglesia de Dios en aquella Fiesta de Pentecostés (Hechos 2), se inició entre las únicas personas que conocían bien lo que entonces constituían las Sagradas Escrituras. El conocimiento de las mismas les fue de gran ventaja.

En una de sus epístolas el apóstol Pablo preguntó: “¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿o de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios” (Romanos 3:1-2). Aunque los israelitas del tiempo de Pablo tenían conceptos equivocados con respecto a muchas partes importantes de las Escrituras (como es el caso hoy en día entre mucha gente que se considera cristiana), la mayoría de ellos habían aprendido cuando menos las verdades elementales. Esa era su ventaja.

El conocimiento bíblico representa un beneficio para una persona, para una comunidad y para toda una nación. Todos los que conocen la Biblia han obtenido una ventaja, y los que *ponen en práctica* lo que de ella han aprendido tienen mayor ventaja aún.

Debido a que los compatriotas de Pablo habían adquirido un considerable conocimiento bíblico en sus casas y sinagogas, contaban con un fundamento sobre el cual podían edificar. Lo que habían aprendido les era un recurso valioso. Los gentiles, que no tenían conocimiento del Dios verdadero y de sus caminos, no tenían ese fundamento. No obstante, y para vergüenza de aquellos israelitas que conociendo la ley no la obedecían, algunos gentiles, a pesar de no tener el conocimiento correcto, tenían una clara actitud de obediencia voluntaria (Romanos 2:14-15).

Lo mismo sucede hoy en día con aquellos que creen que la Biblia es la Palabra de Dios pero piensan que ellos pueden escoger qué enseñanzas bíblicas son las que desean aplicar en sus vidas. Se les ha enseñado a pasar por alto algunos de los mandamientos de Dios y aceptar tradiciones humanas. Pero muchos de ellos tienen algún conocimiento de la Biblia, y eso es valioso.

Conocer la Biblia puede proporcionarles la misma ventaja que tenían los judíos del tiempo de Pablo. Pero para aprovechar esa ventaja, tienen que *aprender a entender la Biblia correctamente* y dejar que ésta sea su *guía principal tanto en la creencia como en la práctica*. Bajo la influencia de Satanás, el seudocristianismo ha engañado a muchos, mas sólo los que obedecen a Dios son su pueblo especial.

Analice su propio entendimiento

Quizá usted sea como los judíos de que habló Pablo. Quizá usted, aunque conoce la Biblia, ha empezado a entender sólo las enseñanzas básicas. Quizá apenas está aprendiendo acerca de la importancia de guardar los mandamientos de Dios, el arrepentimiento verdadero, el asombroso potencial del hombre, el Reino de Dios, el significado de la salvación y lo que es realmente la Iglesia de Dios.

Si usted ya conoce la Biblia, tiene una ventaja. Continúe estudiándola, aumentando con esmero lo que ya sabe y corrigiendo lo que no haya entendido bien. Si usted no ha estudiado la Biblia, le será de gran beneficio aprender lo que ésta enseña. Contiene el conocimiento fundamental para la salvación (2 Timoteo 3:15-17). (Para más ayuda no deje de solicitar nuestro folleto gratuito *Cómo entender la Biblia*.)

Pero sobre todo, permita que Dios lo corrija y lo guíe por medio de su Palabra escrita. Tenga la actitud de David: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y

ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Salmos 139:23-24).

Si usted desea encontrar al verdadero “pueblo de Dios” —la Iglesia que edificó Jesucristo— necesita saber lo que está buscando. Necesita conocer las características que identifican al pueblo de Dios.

Por sus frutos los conocerá

Más que cualquier otra cosa, son los frutos lo que identifican al pueblo de Dios. Jesús dijo: “Por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:20-21).

Usted seguramente querrá encontrar esas personas que son especiales para Dios porque hacen la voluntad del Padre. Según lo que dijo Jesús, esta obediencia es indispensable. Pero también señaló otra característica esencial del pueblo de Dios: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:35). El apóstol Pablo expresó el mismo concepto en otras palabras: “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10).

Para Dios, el amor y la obediencia son inseparables: “Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3). Los hijos de Dios no sólo hacen su voluntad, sino que la hacen “porque el amor de Dios ha sido derramado en [sus] corazones por el Espíritu Santo que [les] fue dado” (Romanos 5:5).

El Espíritu Santo hace que el amor de Dios, encauzado en su ley, fluya a través de los que le obedecen. Su ley define y dirige el amor, de manera que hacer algo en contra de la ley de Dios es hacer algo totalmente opuesto al amor. Por ejemplo, la mentira, el homicidio, el adulterio o el hurto quebrantan la ley de Dios. El cometer cualquiera de estas violaciones demuestra la falta de amor hacia Dios y hacia el prójimo.

¿Cuán importante es la relación entre el amor y la obediencia? Es la clave que distingue a los verdaderos hijos de Dios de los que están engañados por Satanás: “En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios” (1 Juan 3:10).

El amar y el obrar son requisitos fundamentales e inseparables para los seguidores de Cristo. Uno de los apóstoles nos dice: “Sed hacedores

de la palabra, y no tan solamente odores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1:22-25).

Dios no acepta la simple alabanza de labios. Jesús dijo: “Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues *en vano me honran*, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres”

Las creencias y prácticas de la Iglesia apostólica

El libro de los Hechos es un relato vívido de la Iglesia desde el tiempo de la resurrección de Jesucristo hasta aproximadamente el año 60 d.C. En el capítulo 2 se habla del principio de la Iglesia, cuando Dios envió su Espíritu a 120 discípulos de Jesucristo.

Para muchos de los estudiosos de la Biblia, son bien conocidos los milagros que acontecieron ese día: de cómo la casa donde estaban reunidos los discípulos se llenó del estruendo de un fuerte viento y cómo a cada uno de ellos se le asentó algo que parecía una lengua de fuego. Luego sucedió otro milagro cuando todos ellos, llenos ahora del Espíritu de Dios, empezaron a hablar en los idiomas de los diferentes grupos de personas que habían venido a Jerusalén de

otras regiones, de manera que todos los entendían.

Algo que generalmente se pasa por alto es que el día en que ocurrieron estos acontecimientos era el Día de Pentecostés (Hechos 2:1), una de las fiestas santas que Dios ordenó a su pueblo muchos siglos antes (Levítico 23). Cuando habló de estas festividades, Dios dijo que eran “las fiestas solemnes del Eterno, las convocaciones santas, a las cuales convocaréis en sus tiempos” (vv. 2, 4). Dios les anunció que esas fiestas eran para ellos y todos sus descendientes “estatuto perpetuo” en dondequiera que habitaran (vv. 14, 21, 31, 41).

Leyendo Mateo 26:17-19 y Juan 7:10-14, 37-38 podemos darnos cuenta de que Jesús observó esas mismas fiestas. Luego, en el libro

(Mateo 15:8). Dijo además: “El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas” (Mateo 12:35).

El corazón y la mente de los siervos de Dios son transformados por su Espíritu de manera que puedan obedecerlo. Se someten a él y lo obedecen voluntariamente. Servir a Dios es un modo de vivir, no un rito vano. Los verdaderos cristianos le creen a Dios y ponen por obra lo que han creído.

La prueba de su obediencia se hace claramente visible en los frutos de sus vidas. Realmente usted puede conocerlos “por sus frutos”,

de los Hechos y en las epístolas de Pablo se nos muestra que los apóstoles también observaron estas fiestas aun décadas después de la crucifixión de Cristo (Hechos 2:1-4; 18:21; 20:6, 16; 27:9).

Casi todas las iglesias enseñan que estas fiestas fueron “clavadas en la cruz”, que en alguna forma fueron anuladas con la muerte de Jesús. Sin embargo, la historia inequívoca de la Biblia es que la Iglesia apostólica continuó observándolas, pero con un mayor entendimiento de su significado espiritual.

En referencia a una de estas fiestas dadas por Dios, el apóstol Pablo, dirigiéndose a la iglesia en Corinto, compuesta de creyentes gentiles y judíos, los exhortó a que celebraran “la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:8). Aquí Pa-

blo estaba refiriéndose claramente a la Fiesta de los Panes sin Levadura (Levítico 23:6; Deuteronomio 16:16).

Pablo explicó el significado de la Pascua (1 Corintios 5:7; Levítico 23:5), y dio instrucciones acerca de cómo observarla correctamente (1 Corintios 11:23-28).

Las muchas referencias que al respecto encontramos en los evangelios, en el libro de los Hechos y en las epístolas de Pablo sugieren una pregunta obvia: Siendo que Jesucristo, los apóstoles y la Iglesia primitiva guardaron estas fiestas, ¿por qué las iglesias de hoy día no las enseñan ni las guardan? Al fin y al cabo, Pablo relacionó las fiestas directamente con Cristo, su propósito y su sacrificio por la humanidad (1 Corintios 5:7).

En igual forma, tanto los evangelios como el libro de los Hechos son muy claros con respecto a que

(Continúa a la vuelta)

particularmente en los frutos del amor mutuo y de la obediencia a Dios. (Para una explicación más amplia del amor y la obediencia, puede solicitar nuestro folleto gratuito *Los Diez Mandamientos*.)

Cómo definen el amor las leyes de Dios

Todo lo que Dios exige, y toda norma bíblica del buen vivir, se basa en dos principios fundamentales: *amar a Dios* y *amar al prójimo*.

En cierta ocasión se le preguntó a Jesús: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?” (Mateo 22:36). Respondiendo dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu

mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (vv. 37-40).

El pueblo de Dios entiende las Escrituras. Ellos saben que la creación y el propósito de la ley de Dios están basados en amar a Dios y amar al prójimo. Entienden que tratar a los demás como Dios lo manda es practicar el amor.

Dios, por medio de Moisés, le preguntó a Israel: “¿Qué pide el Eterno tu Dios de ti, sino que temas al Eterno tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas al Eterno tu Dios con todo tu

(Viene de la página anterior)

Jesús, los apóstoles y la Iglesia primitiva guardaron el sábado (el séptimo día de la semana) como día de reposo. Lo guardaban desde la puesta de sol del viernes hasta la puesta del sol del sábado como su día de descanso y de adoración (Marcos 6:2; Lucas 4:16, 31-32; 13:10; Hechos 13:14-44; 18:4). El propio Jesús se llamó a sí mismo “Señor aun del día de reposo [*sabbaton* en griego]” (Marcos 2:28).

Jesús acostumbraba ir a la sinagoga todos los sábados para adorar (Lucas 4:16). Muy en contra de los que enseñan que Pablo no guardaba el sábado, el hecho es que él también tenía por costumbre reunirse en alguna sinagoga cada sábado (Hechos 17:1-3), y aprovechaba la oportunidad para enseñar a otros acerca de Jesucristo.

El sábado semanal es otra de las fiestas de Dios. De hecho, es la *pri-*

mera de las fiestas santas (Levítico 23:1-4) y, además, está incluida en los Diez Mandamientos, como podemos ver en Éxodo 20:8-11 y Deuteronomio 5:12-15.

Tal como sucede con las demás fiestas bíblicas, el verdadero día de reposo también es rechazado por la gran mayoría de las iglesias. En lugar de guardar el sábado como Dios lo ordena, casi todas observan el primer día de la semana, el domingo, el cual la Biblia no menciona en ninguna parte como día de adoración. ¿Por qué? ¿Acaso no deberíamos todos guardar el mismo día de descanso y adoración que guardaron Jesús y los apóstoles?

También encontramos otras enseñanzas y costumbres que son diferentes de lo que observa la mayor parte del cristianismo tradicional. Muchas iglesias enseñan que no es necesario obedecer la ley de Dios, que Cristo la obedeció por

nosotros o que fue “clavada en la cruz” junto con Cristo. Esto es totalmente contrario a lo que el propio Jesús dijo en Mateo 4:4 y 5:17-19, así como a las enseñanzas y costumbres de los apóstoles (Hechos 24:14; 25:8; Romanos 7:12, 22; 1 Corintios 7:19; 2 Timoteo 3:15-17).

Siguiendo el ejemplo de Jesús, los apóstoles predicaron con gran convicción que él retornaría para establecer el Reino de Dios (Lucas 4:43; 8:1; 21:27, 31; Hechos 1:3; 8:12; 14:22; 19:8; 28:23, 31). Pero Pablo también advirtió que, aun en su tiempo, algunos ya estaban predicando “un evangelio diferente” (2 Corintios 11:4; Gálatas 1:6).

Existe mucha confusión en las iglesias acerca de lo que es el evangelio. La mayoría lo ve como un mensaje acerca del nacimiento, vida y muerte de Cristo, sin entender realmente por qué vino y por qué tenía que morir; tampoco pre-

dicar el mensaje del Reino de Dios que el propio Jesús enseñó (Marcos 1:14-15).

De igual manera, ni Jesús ni los apóstoles enseñaron que los justos subirían al cielo al morir (Juan 3:13; Hechos 2:29, 34); ellos sabían muy bien que el hombre no tiene un alma inmortal (Ezequiel 18:4, 20; Mateo 10:28) que le hiciera vivir eternamente en el cielo o en el infierno.

En la Biblia tampoco se menciona ninguna de las fiestas religiosas tan conocidas, entre ellas la Navidad, la Cuaresma, la Semana Santa y la Pascua Florida.

Estas son algunas de las grandes diferencias entre el cristianismo del tiempo de Jesús y los apóstoles, y el cristianismo que en general se practica hoy en día. ¿No debiera usted buscar en su propia Biblia si lo que cree y practica está de acuerdo con lo que enseñaron y practicaron Jesús y los apóstoles? □

corazón y con toda tu alma; que guardes los mandamientos del Eterno y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?” (Deuteronomio 10:12-13). Esta no es más que una forma ampliada del primer y gran mandamiento que citó Jesús: Amar a Dios con todo el corazón, alma y mente. Notemos también que amar a Dios y obedecerlo son dos cosas inseparables. A Dios le demostramos nuestro amor obedeciendo sus leyes, las cuales nos dio para nuestro bien.

Leyendo los versículos 16 al 19 vemos una ampliación parecida del segundo gran mandamiento: “Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz. Porque el Eterno vuestro Dios es Dios de dioses, y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni toma cohecho; que hace justicia al huérfano y a la viuda; que ama también al extranjero dándole pan y vestido. Amaréis, pues, al extranjero; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto”.

El mensaje de Dios es sencillo, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. Debido a que Dios es imparcial y ama a todos por igual, incluso a personas que no suelen ser muy apreciadas —extranjeros, huérfanos y viudas—, manda a sus seguidores que también ellos amen imparcialmente a todos, conforme a lo que él ordena en su ley.

Los convertidos y obedientes a Dios

En Apocalipsis 12:13 se nos presenta a la Iglesia como una mujer atacada por Satanás. El tiempo de esta profecía es poco antes del retorno de Cristo. “Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (v. 17).

Notemos que aquí se hace referencia a que la Iglesia obedece los mandamientos de Dios y conserva todas las enseñanzas de Cristo. Esto prueba que la Iglesia que edificó Jesucristo ha obedecido siempre los mandamientos de Dios y aún estará haciéndolo cuando Cristo retorne a la tierra.

Este pasaje deja muy claro que ninguna iglesia puede decir que conoce a Dios si no obedece sus mandamientos como él lo ordena. Esto también se confirma con lo que leemos en 1 Juan 2:3-6: “En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es

mentiroso [*pseustes* en griego, que proviene de la misma raíz que el prefijo castellano *seudo-*], y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. *El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo*”.

La Iglesia está formada por gente obediente que se esfuerza por vivir “de toda palabra de Dios” (Lucas 4:4) y seguir el ejemplo de Jesucristo. Son personas que diariamente acuden a Dios en oración, pidiéndole que les dé la fortaleza y la actitud que necesitan para complacerlo y crecer en la gracia y el conocimiento de Cristo (2 Pedro 3:18).

Los hijos de Dios están convertidos; saben que han recibido su Espíritu (Romanos 8:9). Entienden cómo y cuándo da Dios su Espíritu: que uno primero tiene que arrepentirse y ser bautizado (Hechos 2:38). Saben muy bien que el bautismo sin arrepentimiento es sólo un rito vano y nulo.

Por ejemplo, el apóstol Pablo tuvo que bautizar nuevamente a algunas personas que ya habían sido bautizadas pero que les faltaba el suficiente entendimiento para estar verdaderamente convertidas (Hechos 19:1-5). Habían sido sumergidos en agua, pero no recibieron el Espíritu Santo hasta que Pablo los instruyó debidamente y los bautizó “en el nombre del Señor Jesús” y les impuso las manos (vv. 5-6).

La verdadera conversión requiere un entendimiento elemental tanto del arrepentimiento como del bautismo. (Para una explicación más amplia del arrepentimiento, el bautismo y la conversión, no vacile en solicitarnos el folleto gratuito *El camino hacia la vida eterna*.)

El engaño de Satanás ha sido causa de falsas conversiones

Son muchos los que “aceptan a Cristo” pero no entienden en qué consiste el pecado; por consiguiente, no han podido arrepentirse sinceramente para ser convertidos. En este aspecto el engaño de Satanás ha sido muy eficaz. Jesús claramente dijo que muchos seguirían a los falsos profetas, creyéndose estar convertidos.

¿Cómo puede ocurrir esto? Ocurre porque muy pocas personas entienden lo que es el pecado. Se les ha dicho que ya no es necesario guardar toda la ley de Dios, y que ellos pueden decidir qué obedecer. Han creído un evangelio falso que, en el fondo, enseña que se puede desobedecer parte de la ley de Dios, o toda ella.

Satanás ha convencido a la gente para que “crea en Cristo” *sin entender lo que él enseñó*. Los ha convencido para que acepten que la Biblia es la Palabra de Dios y les ha hecho creer que pueden recibir la salvación sin haberse arrepentido de su desobediencia a las leyes divinas. Por medio de tales engaños el diablo ha causado un inmenso número de falsas conversiones y ha creado un cristianismo que carece del Espíritu de Dios: ¡un seudocristianismo!

La Iglesia en la actualidad

La Iglesia que edificó Jesucristo es un cuerpo de personas verdaderamente convertidas que se han arrepentido de su desobediencia a las leyes de Dios y han sido transformadas por el bautismo y por haber recibido el Espíritu de Dios. Tienen fe de que Jesucristo les ayudará a vivir por toda palabra que sale de la boca de Dios.

Jesucristo se vale de su Iglesia hoy como instrumento para proclamar la verdad del futuro Reino de Dios en todo el mundo (Mateo 24:14). Es la familia que Dios está formando —sus hijos e hijas— quienes al retorno de Jesucristo recibirán la vida eterna (1 Juan 3:1-2; 1 Corintios 15:51-53).

Como hijos de Dios, la Iglesia espera “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:13). Sus miembros aguardan ansiosos el retorno de Jesucristo, bajo cuya guía estarán enseñándole al mundo lo que son el arrepentimiento y la conversión verdaderos (Lucas 11:2; Apocalipsis 3:21).

Para cumplir su misión y conservar la intimidad y unidad que Cristo espera de ellos, los miembros de su Iglesia se reúnen con regularidad obedeciendo el mandamiento que se encuentra en Éxodo 20:8-11. Toman muy en serio la advertencia que se nos hace en Hebreos 10:24-25: “Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”.

La Iglesia se reúne el séptimo día de la semana, el sábado, como era la costumbre de Jesús y de los apóstoles (Lucas 4:16, 31-32; Hechos 13:14, 42, 44). Sus miembros luchan por seguir el ejemplo de Jesús y sus primeros discípulos en todo (1 Juan 2:6; 1 Corintios 11:1).

Los miembros de la Iglesia de Dios Unida están dedicados a conservar y anunciar “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3).

Nuestras congregaciones están luchando para hacer su parte en el cumplimiento de la misión que Cristo dio a su Iglesia.

Nos reunimos en algunas de las principales ciudades del mundo. Somos celosos en nuestra obediencia a Dios, en amarnos unos a otros y en cumplir la misión de proclamar el evangelio del Reino de Dios. Siempre son bienvenidos todos los que desean aprender la verdad, obedecer a Dios y reunirse con otros que tengan la misma actitud. □

Otras publicaciones que pueden serle de interés:

- *El evangelio del Reino de Dios*
- *El día de reposo cristiano*
- *Cómo entender la Biblia*
- *¿Se puede confiar en la Biblia?*
- *Nuestro asombroso potencial humano*
- *¿Qué sucede después de la muerte?*
- *Las fiestas santas de Dios*
- *El camino hacia la vida eterna*
- *Los Diez Mandamientos*

Para recibirlas, sin costo alguno para usted, sólo tiene que solicitarlas a cualquiera de las direcciones que aparecen en la última página de este folleto.

Índice de referencias bíblicas

Génesis	37:12-14 36	28:19-20 28, 37
12:1-3 8	Daniel	28:20 1, 28, 39, 52
13:16 8	7:13-14 30-31	Marcos
15:5 8	Zacarías	1:14-15 30, 69
17:2-6 8	8:23 31-32	2:28 68
22:18 8	14:3-5, 9 31	6:2 68
26:4-5 10	14:16-17 32	7:6-8 26
Éxodo	Mateo	7:6-9 56
20:8-11 68, 72	1:1 8	7:7, 9-13 27
Levítico	4:4 14, 69	7:8-9 39
23:1-4 68	4:18-22 22	7:8-9, 13 40
23:2, 4, 14, 21, 31, 41 66	4:23 30	9:33-34 23
23:3 6	5:13-16 29	10:35-37 2
23:5-6 67	5:14 52	13:22 2
Números	5:14-16 33	14:27-31, 50 23
22:4 5	5:17 45	16:14 22
Deuteronomio	5:17-19 69	16:20 1
5:12-15 68	7:13-14 32	Lucas
9:10 5	7:13-15 56	4:4 71
10:12-13 69-70	7:14-16 2	4:16, 31-32 68, 72
10:16-19 70	7:15 45-46	4:43 30, 69
14:2 8	7:20-21 60, 65	5:1-10 22
16:16 67	7:21-23 46	6:46 38, 45
30:6 10, 46	7:22-23 40	8:1 30, 69
1 Samuel	7:23 60	9:2, 6 30
16:7 61	9:9 22	9:11 30
19:20 5	9:35 30	9:53-56 22
Salmos	10:28 69	10:25-28 45
52:8 12	11:20-24 34	11:2 72
128:3 12	12:35 67	12:31 30
139:23-24 21, 64-65	12:41-42 34	12:32 33, 59
Proverbios	13:11, 14-15, 19 19	13:10 68
3:5 24	15:8 66-67	13:18 30
14:12 20, 21	16:18 1	13:28 7
Isaías	18:17 22	18:9 61
2:3 30-31	19:17 49	18:9-14 60
11:6, 9-10 30	19:17-19 39	21:27, 31 69
25:7 18	19:25-26 23	21:28-31 31
51:1-2 8	22:36-40 17, 68-69	22:24 23
55:8-9 17	24:4-5 38, 39	22:42 61
Jeremías	24:11-12 44	22:54-62 23
17:9 18	24:14 28, 72	Juan
Ezequiel	26:17-19 66	1:29 47
18:4, 20 69	26:41 24	1:44 22
37:1-10 34	26:69-75 23	2:19-20 13

3:13 69	20:6, 16 67	1:26-29 7
5:28-29 34	24:14 69	2:14 17, 50
6:44, 65 20	25:8 69	3:9-10 13
6:65 21	26:18 28	5:7-8 67
7:10-14, 37-38 66	27:9 67	7:19 47, 69
8:34 48	28:23, 31 69	11:1 72
8:39 9	Romanos	11:23-28 67
13:35 65	1:5 40	12:4-6 36-37
15:1-2 13	1:16 28	12:12, 27 13
15:5 36	2:11 7	12:13 25
15:18-19 32	2:13 12, 48	12:24-25 37
16:13 26	2:14-15 64	12:27-28 36
16:33 32	2:25-29 10	15:20-23, 51-53 34
20:25-29 23	2:28-29 5, 12	15:51-53 72
21:2-3 23	2:29 46	2 Corintios
21:15-17 37	3:1-2 63	2:9 12
Hechos	3:10, 23 18	3:14-16 20-21
1:3 69	3:23 7	4:4 18
1:3-4, 8 3	3:31 47	5:18-19 29
1:8 25	4:1, 11-12 8	6:1-2 35
2:1 66	4:1-25 5	10:4-6 12
2:1-4 4, 67	4:9, 12 46	11:3, 13 2
2:29, 34 69	5:5 65	11:4 69
2:36, 38, 41 5	5:6 25	11:13-15 48
2:38 25, 71	6:16-18 48	11:26 53-54
3:1-10, 11, 19 15	7:12, 22 69	Gálatas
3:25 8	7:15, 17-18 24-25	1:4 33
4:13 22	8:2 25	1:6 69
5:29 40	8:5-7 22	1:6-7 42-43
7:38 8	8:7 45, 50	1:6, 8-9 31
8:9-23 41	8:7-9 24	1:8-9 44
8:12 69	8:9 16, 25, 71	2:4 53
10:34-35 14	8:9-10 3-4	3:16 8-9
11:1-4, 15-18 46	8:13-14 25	3:28 14
11:26 6, 38	9:2-4, 6-8 9	3:29 8, 9
13:6-8 53	10:1-3 62	6:16 10, 12
13:14, 42, 44 72	10:14-15 6	Efesios
13:14-44 68	11:8 27	1:13 7
14:22 69	11:13-21 12	1:22-23 1, 5
15:1 46	11:17 12	2:1-3 18-19
15:2, 5-10 46	11:24 13	2:8 42
15:11 47	11:26 29	2:10 13
17:1-3 68	12:2 15	2:11-13 12
18:4 68	13:10 65	2:12 13
18:21 67	16:17 56	2:19 4, 13, 29
19:1-6 71	16:17-19 41	2:20 8
19:8 69	1 Corintios	2:21-22 13
19:32, 39 4	1:2 5	2:22 26

3:1513	2:156	3:1372
4:613	3:15-1764, 69	3:15-1647
4:1137	3:16-176	3:1617
4:11-1236	4:26	3:1871
4:11, 1337	4:7-825	1 Juan	
4:1526	Tito		2:3-670-71
4:15-1613	1:5-937	2:4-626
4:1819	1:7-941	2:672
5:24-327	1:10-1140-41	2:1952, 55
5:2513	2:11-147	3:1-272
Filipenses		Hebreos		3:448
2:516	1:1-25	3:1065
2:12-134, 26	7:26-2746	3:2426
2:1536	8:1-135	5:348, 65
2:20-2118	9:1-1547	5:1918, 50
3:4-662	10:24-2572	3 Juan	
3:643	Santiago		9-1055
4:1325	1:1833	Judas	
Colosenses		1:22-2565-66	372
1:181, 36	2:8-1151	4, 8-947
2:6-840	2:8-1248	Apocalipsis	
2:11-1246	2:21-2311-12	2:251, 55
2 Tesalonicenses		1 Pedro		2:2, 20, 23-2454
2:9-1149	2:4-513	2:7, 11, 17, 2953
1 Timoteo		2:9-103, 7	3:6, 13, 2253
1:3, 5-749	2:1013	3:2172
1:12-1362	2:1233	5:1034
3:1-1037	4:1729, 35	11:1531
3:2-76	5:1-46, 37	12:918, 50, 55
3:14-151	2 Pedro		12:13, 1770
3:152, 29	1:325-26	12:1727
2 Timoteo		2:1-252	14:433
1:725	2:10-1947-48	20:4-6, 11-1234
2:26	2:20-2251		

Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional. La iglesia tiene ministros y congregaciones en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la Iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas y prácticas de esa Iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas

Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Nuestros ministros están disponibles para contestar preguntas y explicar la Biblia. Si usted desea ponerse en contacto con un ministro o visitar una de nuestras congregaciones, no deje de escribirnos a nuestra dirección más cercana a su domicilio.

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente. □

Direcciones

ARGENTINA

Casilla 6
5570 San Martín, Mendoza

BOLIVIA

Casilla 8193
Correo Central
La Paz

COLOMBIA

Apartado Aéreo 91727
Bogotá, D.C.

CHILE

Casilla 10384
Santiago
Sitio en Internet: www.unidachile.org

EL SALVADOR

Apartado Postal 2499
01101 San Salvador

ESTADOS UNIDOS

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027
Sitio en Internet: www.ucg.org

GUATEMALA

Apartado Postal 1064
01901 Guatemala

HONDURAS

Apartado Postal 283
Siguatepeque, Comayagua

MÉXICO

Apartado Postal 4822
Suc. Tec.
64841 Monterrey, N.L.
Sitio en Internet: www.unidamex.org.mx

PERÚ

Apartado 18-0766
Lima